

Monique Wittig

LAS
QUERRILLERAS

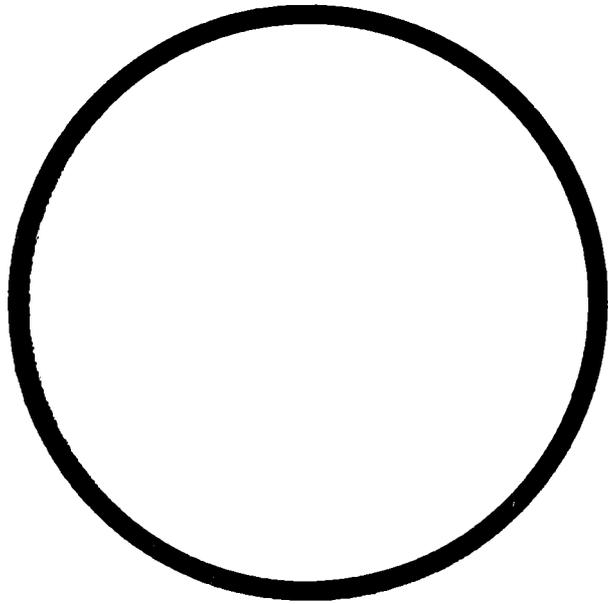
MONIQUE WITTIG

LAS GUERRILLERAS

DISTANCIAS DORADAS LAGUNAS
SE VISLUMBRARON LOS DESIERTOS VERDES
PARA SOÑARLOS PARA MÁS TARDE DECIRLOS
INMÓVILES LOS PÁJAROS DE AZABACHE
LAS ARMAS DEJADAS AL SOL
EL SON DE LAS VOCES CANTANTES
LAS MUERTAS LAS MUERTAS LAS MUERTAS

CONNIVENCIAS REVOLUCIONES
ES EL ARDOR EN LA LUCHA
CALOR INTENSO MUERTE Y FELICIDAD
EN LOS PECHOS CON LOS PEZONES
LOS FÉNIX LOS FÉNIX LOS FÉNIX
MANCEBOS Y ÁUREOS LIBRES
EL RUMOR DE SUS ALAS DESPLEGADAS

LOS PÁJAROS LAS SIRENAS NADADORAS
LAS TRASLÚCIDAS ARISTAS LAS ALAS
LOS VERDES SOLES LOS VERDES SOLES
LAS PRADERAS VIOLETAS Y LISAS
LOS GRITOS LAS RISAS LOS MOVIMIENTOS
VICTORIOSAS AFIRMAN QUE
TODO GESTO ES SUBVERSIÓN.



Cuando llueve, se quedan en el quiosco. Se oye cómo el agua azota las tejas y se desliza por el tejado. Franjas de lluvia rodean el pabellón del jardín, el agua que mana por las esquinas lleva un caudal más intenso, al tocar al suelo se desliza como un manantial entre la grava. Al final alguna dice que parece un ruido de micción y que ya no aguanta más, mientras se pone en cuclillas. Unas cuantas entonces le hacen corro alrededor para mirar cómo las ninfas expulsan la orina.

Se asustan entre sí ocultas tras los árboles. Una u otra pide clemencia. No queda más remedio que dejarse coger en la oscuridad al grito de ay de la que cae vencida. O si no, buscan a tientas, husmeando a la que lleve el perfume honroso. El amomo el anís el betel la canela la cubeba la menta el orozuz el almizcle el jengibre el clavo la nuez moscada la pimienta el azafrán la salvia la vainilla pueden ser sucesivamente honrosos. Las que lleven esos perfumes sufren entonces persecución por la oscuridad como en la gallina ciega. Se oyen gritos risas ruidos de caídas.

Suele ocurrir que con el mal tiempo se echen a llorar a lágrima viva, pues dicen que bajo el sol los tejados de las casas y las paredes tienen un color muy distinto. La niebla se extiende por el agua por los campos en torno a las casas. Penetra tras las ventanas cerradas. Alguna llega para visitar la casa. No puede verla. Los grandes cuadros de violentos colores desaparecen detrás de vahos naranja. Se deja entonces caer al suelo pidiendo que la distraigan. Le cuentan con mucho detalle la historia de aquélla que, cuando habla de su vulva, suele decir que gracias a esa brújula puede navegar de levante a poniente.

Algunas nadan y se abandonan a la deriva hacia las últimas manchas del sol en el mar. Ya en el sitio más luminoso, cuando, deslumbradas, pretenden alejarse, dicen que sienten el acoso de una pestilencia insoportable. No tardan en vomitar. Echan a gemir entonces acelerando los brazos, nadando lo más aprisa posible. En un momento dado tropiezan con la carroña flotante de un burro, el oleaje del mar descubre a ratos partes viscosas informes de un color indecible brillantes. Dicen que han gritado con todas sus fuerzas, al tiempo que derraman muchas lágrimas, que deploran que no se levante ni una brisa marina para ahuyentar el olor, que sostienen por los brazos y las ingles a una que se ha desvanecido, mientras los vómitos se multiplican alrededor de ellas en la superficie del agua.

Si alguna anda por la costa mucho hará con tenerse en pie. A través de las vallas se distinguen cólquicos blancos y violetas o setas de sombrero rosa. La hierba no está crecida. Sigue habiendo terneras, muchas. Las casas quedan cerradas a partir de las lluvias de otoño. En los jardines no hay niñas que jueguen. No hay flores en los arriates. Quedan algunos juguetes abandonados, un aro de madera pintada un diábolo rojo y azul una pelota blanca un fusil de plomo.

Van al mercado a procurarse provisiones. Pasan por delante de los tenderetes de frutas de legumbres de botellas de vidrio rosas azules rojas verdes. Hay pilas de naranjas naranja de piñas ocres de mandarinas de nueces de mangos verdes y rosas de griñones azules de melocotones verdes y rosas de albaricoques amarillo naranja. Hay sandías papayas aguacates melones de agua almendras verdes nísperos. Hay pepinos berenjenas coles espárragos yuca blanca pimientos rojos calabazas. En los brazos descubiertos de las mozas vendedoras se posan avispas que van y vienen.

Las cazadoras llevan sombreros marrón oscuro y perros. Al oír los tiros, Dominique Aron dice que el pájaro sigue volando, que la liebre sigue corriendo, que el jabalí que el ciervo que el zorro que el facóquero siguen corriendo. No está de más vigilar los alrededores. Si un grupo avanza por la carretera y una nube de polvo se levanta, miran cómo se acerca mientras lanzan gritos a los cuatro vientos para que se cierren las ventanas y se empuñen los fusiles detrás de las ventanas. Anne Damien juega a Ana hermana ¿no ves nada? sólo veo el verdear de la hierba y el polvo de la carretera.

Una carreta tirada por un caballo pasa al atardecer. La carreta lleva un montón de remolachas cortadas o patatas o forraje. Mucho antes y mucho después de que pase se oye el ruido de los cascos sobre la carretera asfaltada. El caballo en su andar no va de las riendas de alguna.

Hay en algún sitio una sirena. Su cuerpo verde está cubierto de escamas. Su rostro es terso. El revés de sus brazos es de color encarnado. A veces se pone a cantar. Dicen

LO QUE LAS SEÑALA IGUAL QUE
EL OJO DE LOS CÍCLOPES,
SU ÚNICO NOMBRE DE PILA,
OSÉE BALKIS SARA NICÉE
IOLE CORÉ SABINE DANIELE
GALSWINTHE EDNA JOSÈPHE

ellas que de su canto sólo se oye una O continua. De ahí viene que ese canto les evoque, como todo lo que recuerda la O, el cero o el círculo, el anillo vulvar.

A orillas del lago existe un eco. Pasan el rato con un libro abierto cuyos párrafos preferidos llegan del otro lado repetidos por la voz que se aleja e insiste. Al desdoblarse el eco, Lucie Maure grita la frase de Fenaretes, digo que lo que es, es. Digo que lo que no es, es igualmente. Como reincide varias veces en la frase, la voz desdoblada, y luego triple, superpone sin cesar lo que es y lo que no es. Las sombras caídas sobre el lago se agitan y comienzan a temblar a causa de las vibraciones de la voz.

Sostienen visiblemente entre las manos unos libritos, dicen ellas que son feminarios. Se trata de bastantes ejemplares de igual modelo o tal vez existan en distintos tipos. Alguna ha escrito un exergo que se repiten al oído hasta que la risa les retoza en el cuerpo. Después de hojearlo, el feminario presenta muchas páginas en blanco sobre las que escriben de vez en cuando. En esencia, contiene unas páginas con palabras impresas en mayúscula de cantidad variable. A veces sólo hay una o también puede ocurrir que la página esté llena. Es frecuente que se hallen ais-

ladas en mitad de la página, muy espaciadas negras sobre fondo blanco o bien blancas sobre fondo negro.

Después de salir el sol, se untan el cuerpo con aceite de sándalo de cúrcuma de gardenia. Apoyan un pie en un tronco. Las manos frotan alternativamente sus piernas, la piel reluce. Algunas están echadas. Otras les dan masaje con la yema de los dedos. Los cuerpos desnudos brillan a causa de la luz intensa de la mañana. Uno de sus senos aparece irisado por una claridad dorada. Igual actúa el sol naciente cuando manda sus rayos oblicuos sobre los troncos enhiestos y circulares de los árboles. Surgen así arcos de círculo que reflejan un poco de esa luz, sus contornos se difuminan.

En lo alto de las colinas se crean pantanos de turba. El fango que los constituye tiene el color de la alheña. Se forman borbollones, estallidos en la superficie, ampollas. El palo que dé vueltas en su interior chocará con cuerpos viscosos y blandos. No hay posibilidad de que asomen. A la mínima presión se zafan, escapan. Dicen ellas que a intervalos los estallidos las ampollas van acompañados de gemidos de murmullos. El sol evapora los pantanos. El vapor que entonces sube tiene un olor nauseabundo.

Las nómadas guardan una muerta momificada, la sacan cuando no llueve, a causa del olor del cuerpo que no acaba de estar seco. La exponen al sol en su caja. La muerta va vestida con larga túnica de terciopelo verde, cubierta de blancos bordados de blondas doradas. Le han colgado unas campanillas al cuello, en las mangas. Le han puesto medallas en los cabellos. Cuando cogen la caja para sacarla, la muerta empieza a tintinear. Siempre hay alguna que sale a mirar las nubes desde los tres escalones que suben hasta el carromato. Cuando el cielo está nublado, entre dos se encargan de bajar la tapa de la caja y de llevársela al interior.

Las niñas buscan por árboles y arbustos los nidos de los jilgueros de los pinzones de los pardillos. Si encuentran canarios verdes, los cubren de besos, los guardan en el re-

FLORE ZITA SAVÉ CORNÉLIE
DRAUPADI JULIENNE ET MEL
CHLOÉ DESDÉMONE RAPHAËLE
IRIS VÉRA ARSINOÉ LISE
BRENDA ORPHISE HÉRODIADE
BÉRÉNICE SIGRID ANDOVÈRE

gazo. Corren cantando, saltan por encima de las piedras. Son unas cien mil las que vuelven a sus casas para cobijar los pájaros. Han corrido. Se han agachado a recoger guijarros, luego los han arrojado a lo lejos por encima de las vallas. No han hecho caso del piar. Han subido directas a sus cuartos. De entre sus ropas han sacado los pájaros, los han encontrado sin vida y con la cabeza exánime. Todas entonces han intentado que se reanimaran probando a apretarlos contra sus bocas, a envolverlos en el calor de sus alientos, a enderezarles la flácida cabeza, a tocarles el pico con el dedo. Los pájaros han seguido inertes. Y así existen cien mil niñas que lloran la muerte de sus canarios verdes en los cien mil cuartos de las cien mil casas.

Sea cual sea la hora fijada que indique el comienzo de la acción, resulta apremiante acabar antes de la puesta del sol. Se distingue el pie de las escaleras hincadas en el suelo, la cúspide desaparece entre la aglomeración de hojas y frutas. Las cestas junto a los árboles estarán colmadas de cerezas hasta el borde. Primicias de Choisy cerezas inglesas gayeras marrasquinas cerezas de Montmorency capulinas guindas. Son negras blancas rojas traslúcidas. En torno a las cestas hay mucho movimiento de avispa de abejones. Se puede oír su zumbido desde cualquier sitio de esta pradera. Suben a los árboles, bajan con los brazos cargados de fruta. Unas cuantas llevan canastos colgados de la cintura. Algunas están quietas en los peldaños a diferente altura. Otras se desplazan por entre las ramas. Se

las ve saltar al suelo y desembarazarse de su carga. Los rayos oblicuos del sol pasan sobre las hojas y las abri-llantan. El cielo es de color naranja.

Cuando hay luna llena, redobla el tambor en la plaza principal. Se arman trabancas. Se disponen vasos de todos los colores y botellas que contienen líquidos de coloración varia. Algunos de esos líquidos son verdes rojos azules, se evaporan si no se utilizan en el momento de retirar la cápsula que los cierra. Cada una puede beber hasta caer en redondo o hasta perder el control de sí misma. El olor de las drogas que logró escapar de las botellas flota sobre la plaza, repulsivo dulzón. Todas beben en silencio de pie o tumbadas por tapices que se desenrollaron en la calle. Mandan entonces que vengan 'las niñas. Aparecen medio dormidas azoradas vacilantes. Las invitan a que usen de su poder sobre los cuerpos tumbados gemebundos. Las niñas van de una a otra intentando que despierten, utilizando piedras cubos de agua, gritando con todas sus fuerzas, agachándose para estar a la altura de las orejas de las que duermen.

Marthe Vivonne y Valérie Céru informan. Dicen que están creciendo las márgenes del río. En las orillas las aguas

se llevan los campos de flores. Corolas arrancadas, al revés, giran en la corriente, zozobran. Un olor pútrido se extiende a lo largo del río. Se oye el fragor como de una esclusa que se hubiera roto. Barcas volcadas pasan a la deriva. Árboles enteros desaparecen arrastrados, con las ramas cargadas de fruta a remolque por el agua. Marthe Vivonne y Valérie Céro dicen que no han visto cadáveres de animales. Dicen que mientras regresaban estuvieron oyendo durante mucho rato el estrépito del río, los choques de la corriente contra su lecho.

Pasear con las glenuras que tiran de la correa no deja de ser incómodo. Sus cuerpos largos y filiformes reposan sobre miles de patas. No paran en su intento de cambiar de sitio. Tienen innumerables ojos distribuidos alrededor de un gigantesco orificio que les sirve de boca y al mismo tiempo de cabeza. Una membrana blanda y extensible la rellena, con facilidad para tensarse y aflojarse, y cada uno de sus movimientos produce un sonido distinto. El concierto de las glenuras se compara con los pífanos con los tambores con el croar de los sapos con los maullidos de los gatos en celo con los agrios sonos de una flauta. Pasear con las glenuras supone una interrupción continua. Sucede que sistemáticamente se meten por los intersticios que permitan un paso a su cuerpo, las rejas de los jardines públicos, las rejas del alcantarillado por ejemplo. Entran reculando, en un momento dado el volumen de sus cabezas las detiene, se sienten impedidas, se ponen a lanzar chillidos terroríficos. Entonces no queda más remedio que liberarlas.

AIMÉE PÔMME BARBE
BÉNÉDICTE S U Z A N N E
CASSANDRE OSMONDE
GENE HERMINIE KIKA
AURÉLIE EVANGÉLINE
SIMONE MAXIMILIENNE

Danièle Nervi, al cavar en unas zanjas, ha desenterrado un cuadro que representa a una muchacha. Enteramente lisa y blanca está tumbada de costado. No lleva ropas. Los senos apenas destacan en el torso. Una de sus piernas, doblada encima de la otra, prolonga hacia arriba la cadera, de modo que oculta el pubis y la vulva. Sus largos cabellos le disimulan una parte de los hombros. Sonríe. Tiene los ojos cerrados. Se apoya a medias sobre un codo. El otro brazo forma un asa por encima de la cabeza y la mano sostiene un racimo de uvas negras cerca de la boca. Entonces se ríen. Dicen que a Danièle Nervi le falta por desenterrar el cuchillo sin hoja y desprovisto de mango.

Marthe Ephore ha hecho todos los cálculos. Las ingenieros se han equivocado. O bien el agua al llegar de la ladera de las montañas no basta para alimentar el lago del otro lado de la presa, incluso en tiempo de crecida. O bien ellas no acertaron con el emplazamiento de la construcción por haberla dispuesto demasiado arriba con relación al punto de reunión de las corrientes. Cada mañana las ingenieros llegan a la presa y la recorren en todos los sentidos, la huella de sus pies queda marcada en el cemento aún fresco, de modo que cuando ya se han ido tiene que acudir una

brigada de obreras para borrarlas. Algunas corren enarbolando el paraguas, dando órdenes. Otras se pasean tranquilamente. A orillas del lago o de lo que debería ser un lago, andan unas chicas en bermudas cogiditas de la mano.

Dicen que la diosa Eristikos tiene cabeza de alfiler y ojos amarillos. Dicen que lo que le gusta a la diosa Eristikos son los perfumes. Para honrarla suelen llevar sobre la piel unos vestidos hechos de hierbas olorosas. Al caer la noche los encienden pegando fuego a cada brizna. Se colocan en círculos, con la oscuridad sus vestidos son incandescentes. Se quedan quietas, brazos en cruz. La hierba al arder crepita y produce un olor. Comienzan a esparcirse humaredas. Cuando el calor llega a la piel, se arrancan brusca-mente las túnicas y las arrojan en montón. Ese es el motivo de que tengan que andar siempre fabricando otras nuevas.

Existe una máquina que registra las variaciones. Está puesta sobre un pedestal de ágata. Es un paralelepípedo de escasa altura, en mitad de una pradera sembrada de vello-ritas en primavera, en verano de margaritas, en otoño de cálquicos blancos y azules. Los cálculos que se operan en la máquina se manifiestan a cada momento mediante ta-

bleteos repiqueteos sonidos agudos timbres tintineantes, extraños ruidos comparables a los de una caja registradora. Hay luces que se apagan y que se encienden al compás de intervalos de irregular duración. Son rojas naranjas azules. Los orificios que les abren paso son circulares. La máquina no para de registrar todas las variaciones. Una misma unidad las gradúa sea cual sea su especie. La posición en la pradera de esa máquina que registra las variaciones recuerda a la de cierto manantial guardado por muchachas provistas de espaldas llameantes. Pero esa máquina no está guardada. Su acceso es fácil.

Evocan la historia de aquella que estuvo viviendo mucho tiempo en el lugar por donde pasan los camellos. Con la cabeza descubierta bajo el sol, Clémence Maïeul no ha cesado de invocar a Amaterasu la diosa del sol, al tiempo que se cortaba sus abundantes cabellos, que se postraba tres veces golpeando el suelo con las manos y que decía, yo te saludo, gran Amaterasu, en nombre de nuestra madre, en nombre de las que han de llegar. Venga a nos nuestro reino. Rómpace este orden. Caigan derribados los buenos y los malos. Dicen ellas que Clémence Maïeul ha dibujado muchas veces en el suelo la O que es el signo de la diosa, el símbolo del anillo vulvar.

CALYPSO JUDITH ANNE
ISEUT KRISTA ROBERTE
VLASTA CLÉONICE RENÉE
MARIA BÉATRICE REINE
IDOMÉNÉE GUILHERMINA
ARMIDE ZÉNOBIE LESSIA

Dicen que también cualquiera de entre ellas podría invocar a otra diosa del sol, Cihuacoatl por ejemplo, que al mismo tiempo es diosa guerrera. Se podría por ejemplo en ocasión de la muerte de alguna utilizar el antiguo canto fúnebre que es canto glorioso. Cantan entonces todas juntas, hija fuerte y belicosa, hija mía tan amada / hija valiente y tierna palomita, mi señora / te esforzaste y trabajaste como una hija valiente / venciste, hiciste como tu madre la señora Cihuacoatl / peleaste con valor, usaste del escudo y de la espada / levántate hija mía / vete a ese sitio bueno que es la casa de tu madre el sol / donde todas están llenas de júbilo de gozo y de placer.

Saltan por caminos que llevan hacia aldeas zarandeando sus cabellos, con los brazos cargados de cinocéfalos, golpeando el suelo con sus pies. Alguna se para y arranca un puñado de sus largos cabellos y deja que el viento se los lleve uno a uno. Semejantes a los globos que las niñas sueltan los días de fiesta, que suben al cielo, ligeros inconsistentes filiformes y en espiral, el viento los sopla hacia arriba. O si no, cantan juntas una canción que incluye estos versos, quién hasta ahora me mamó la punta del seno / un mono. / Rechazan entonces a todos los cinocéfalos y echan a correr, persiguiéndolos al amparo de los bosques, hasta que éstos desaparezcan en los árboles.

Dicen, ¿cómo determinar un acontecimiento digno de memoria? ¿Hará falta que la propia Amaterasu se asome al atrio del templo, con el rostro brillante, cegando todos los ojos de aquéllas que, prosternadas, sumen sus frentes en el suelo y no se atreven a levantar la cabeza? ¿Hará falta que Amaterasu eleve muy alto el espejo circular y atruene con todo su ardor? ¿Hará falta que sus rayos a través del espejo incendien la tierra bajo los pasos de aquéllas que acudieron a rendir homenaje a la diosa del sol, la mayor de las diosas? ¿Hará falta que su ira sea ejemplar?

Dicen que las referencias a Amaterasu o a Cihuacoatl han dejado de ser válidas. Dicen que no necesitan mitos o símbolos. Dicen que la época en que partieron de cero se está borrando de sus memorias. Dicen que apenas pueden referirla. Cuando repiten, conviene que este orden se rompa, dicen que no saben de qué orden se trata.

¿Cuál es el principio? dicen. Dicen que al principio figuran apretujadas unas contra otras. Son como ovejas negras. Abren la boca para balar o para decir cualquier cosa pero ningún sonido escapa. Sus cabellos sus pelos ensorti-

jados quedan pegados a la frente. Se desplazan por la superficie lisa, brillante. Sus movimientos consisten en desplazarse, en deslizarse. Se sienten aturdidas por los reflejos que las empujan. Sus miembros a ningún punto pueden aferrarse. Verticalmente, horizontalmente, se extiende el mismo vidrio ni frío ni caliente, la misma brillantez que en lado alguno las retiene. Adelantan, no hay delante, no hay detrás. Progresan, no hay futuro, no hay pasado. Se mueven impelidas unas contra otras. Los movimientos ensayados con sus miembros inferiores o con sus miembros superiores multiplican los arranques. De haberse dado un arranque inicial sería un hecho que contradiría su funcionamiento inmutable. Sería una variación fundamental contradiría al sistema de conjunto, instauraría el desorden. Van o vienen acorraladas en algo que centellea y que es negro. El silencio es total. Por más que a veces intenten detenerse a fin de escuchar algo, el ruido de un tren, la sirena de un barco, la música de xx, su movimiento de interrupción las propulsa hacia sí mismas, las hace oscilar, les provoca un nuevo impulso. Viven prisioneras del espejo.

Dicen que el feminario divierte a las niñas. Por ejemplo, menciona tres clases de ninfas. Las ninfas enanas son triangulares. Son, juntados, dos estrechos repliegues. Son casi invisibles pues están disimuladas por los labios. Las ninfas medianas tienen aspecto de una hoja de liliácea. Están en forma de media luna o triangular. Se las distingue en toda su extensión, tensas, flexibles, vibrantes. Las ninfas gran-

IDO BLANCHE VALENTINE
GILBERTE FAUSTA MONIME
GÉ BAUCIS SOPHIE ALISE
OCTAVIE JOSIANE G A I A
DEODATA KAHA VILAINÉ
ANGE FRÉDÉRIQUE BETJE

des al desplegarse semejan alas de mariposa. Son altas, triangulares o cuadrangulares, muy aparentes.

Dicen que como son portadoras de vulvas ya conocen lo que las caracteriza. Conocen el monte, el pubis, el clítoris, las ninfas, los cuerpos y los bulbos de la vagina. Dicen que se enorgullecen a justo título de lo que durante mucho tiempo se ha considerado como el emblema de la fecundidad y del poder reproductor de la naturaleza.

Anémone Flavien les cuenta la historia de la vendedora de alfileres que llama a la puerta de la doncella. Cuando la doncella abre la ventana y se asoma, el gato blanco pasa rozándole la cara y ella da un grito. Sus cabellos penden por donde se ha asomado. La vendedora le presenta entonces unos cuantos alfileres en sus manos abiertas. Tienen cabezas verdes, rojas, azules. Cuando la vendedora se tuerce el pie, suelta todos sus alfileres que caen entre los adoquines desunidos. La doncella se queja en voz alta de que su atavío se va a estropear. Pasa una niña y se pone a recoger los alfileres rojos, verdes, azules, tras enderezarse los deposita en las manos de la vendedora. La vendedora de alfileres alza la cabeza hacia el cielo, echa a correr al tiempo que abre las manos, que se ríe con todas sus ganas, que

disemina los alfileres verdes, rojos, azules, la niña la sigue a la pata coja, mientras la doncella se pone a gritar desahoradamente desde su ventana.

O bien juegan a un juego. Hay toda una hilera de sapos, de ojos desorbitados. No se mueven. El que primero recibe un puntapié bascula en bloque a un lado como si fuera un maniquí relleno de paja y sin un grito. Los demás huyen saltando. Sus espaldas destacan a intervalos por encima de la alfalfa y de los tréboles rosas. Parecen pollos grandes que, bajando la cabeza, picoteen y miren el suelo. No avanzan con regularidad. Algunos más rápidos llevan ya mucha ventaja. Uno de éstos desaparece por la valla. Otros no tardan en seguirlo, a excepción de uno solo que continúa vagando por el campo.

O bien los tres gatos quedan cogidos por la cola en un cepo. Tiran cada uno de un lado y entre maullidos. Detrás el pesado cepo se mueve lentamente a sacudidas. Chillan, se revuelcan, arañando el suelo con sus zarpas. Se les eriza el pelo. Uno se queda quieto y comienza a arquear el lomo rechinando de dientes y bufando. Los dos gatos restantes se empeñan en alterarle arrastrando el cepo. Pero lo único que consiguen es que tropiece con el grillete de

acero. Los tres se pelean entonces, se arrojan unos contra otros arañando y mordiendo, se hieren en los ojos, en el hocico, se arrancan los pelos del cuello, pelean ya sin poder detenerse mientras que el cepo que se les enreda entre las patas contribuye a acrecentar su furor.

Fabienne Jouy cuenta un cuento de lobos. Así empieza la cosa, con el fulgor de la nieve helada. Fabienne Jouy dice que ocurre al ponerse el sol. Así sigue la cosa, con el sol rojizo, bajo en el cielo, enorme. Los cuerpos tumbados no se mueven. De las armas que quedaron junto a los cuerpos apenas llega algún destello, débil. Los primeros aullidos de los lobos resuenan ya antes de que se ponga el sol. Lejanos confusos distanciados. Se funden en un clamor. Se acercan. Algunas sombras van y vienen, escapan por entre los árboles, abandonan la protección de los bosques, se aproximan, retroceden. Los aullidos de los lobos ya no cesan. Junto a los cuerpos inmóviles tumbados en la nieve aparece ahora la masa movediza indecisa de los lobos. Orejas enhiestas, patas vacilantes, se inclinan sobre los rostros, husmean las mejillas las bocas, van y vienen, se precipitan. Los rostros quedan despedazados. La blanca cara de la hermosa Marie Viarme cuelga, desgajada del tronco, seccionada en la garganta. Destaca el repentino chorro de la sangre por sus mejillas. Las ropas están laceradas, los cuerpos semidevorados emergen de un charco inmundo rojo negro, que tiñe la nieve. Los lobos jadean, van y vienen, abandonan un cuerpo, lo recobran, corren hacia otro, patas vacilantes, lenguas oscilantes. Con el crepúsculo, los ojos

OTTONE KAMALA POMARÉ
SIGISMONDE MARCELINE
GALATÉE ZAÏRE ÉVELINE
CONSTANCE ANNONCIADE
VICTOIRE MARGUERITE
ROSE JULIE AGLAÉ LÉDA

de los lobos empiezan a brillar. Fabienne Jouy ha dado por terminado su cuento al decir, no se sabe de qué lado sopla el viento. Se recomienda no hacer comentarios cuando alguna termina de contar un cuento. A pesar de eso Cornélie Surger no puede contenerse y dice, al diablo los cuentos de lobos, si todavía salieran ratas, eso es si al menos fueran ratas.

Rompen las nueces para sacarles el aceite. Llevan las partículas al trujal para triturarlas. Colocan los escueznos sobre la muela. El largo tornillo de madera encargado de que gire la muela está guarnecido de hierro. El aceite se derrama en hilillos. Suelen aplastar al mismo tiempo semillas de sésamo y semillas de adormidera. Pétalos de flores maceradas, claveles los sencillos los grana quedan prensados por la muela. Las flores blancas y perfumadas del mirto sirven asimismo para la preparación de un óleo que es el agua de los ángeles. Lo recogen en un pocillo de piedra. Por esa estancia recalentada corren vapores oleaginosos. Las paredes rezuman, grasientas. Ellas entonces desatan sus cabellos y los empapan en baños aromáticos. Exhiben sus manos y sus brazos relucientes, sus senos desnudos.

Las orillas del río son fangosas. El agua negra parece profunda. Con un palo no se toca el fondo. Lirios de agua azulados, nenúfares rojos se encuentran prendidos entre las raíces de los árboles que desbordan por encima del ribazo. Las cabezas de las nadadoras asoman a lo lejos en mitad del río, se confunden con su reflejo en el agua. Cualquier pinaza negra de las que suben por el río está siempre a punto de alcanzarlas. Las nadadoras, tocadas, al parecer, se sumergen. Pero sus cabezas reaparecen redondas, bamboleándose con el oleaje. Se deja oír el silbido largo y estridente de una celadora de esclusa. Hay una humareda en algún sitio río arriba. Ya no se ve el sol. El agua se oscurece cada vez más hasta perder su apariencia líquida.

Contemplan viejas estampas, fotografías. Alguna las explica. Por ejemplo la serie de la fábrica de textil. Es un día de huelga. Las obreras forman un piquete de huelga en el terraplén donde crecen las fábricas. Andan en círculo una tras otra cantando golpeando el suelo con los pies batiendo palmas. Llevan blusas negras y chales de lana. Todas las ventanas, todas las puertas de la fábrica están cerradas. Una cualquiera enarbola una pancarta con las consignas inscritas, pintadas de rojo en el papel blanco. Bajo sus pies en el terraplén se ha formado un círculo de tierra removida.

O bien alguna comenta la serie de fotografías de las manifestaciones. Las manifestantes desfilan y todas sostienen un libro en una mano alzada. Los rostros impresionan por su belleza. Su compacta muchedumbre se despliega por la plaza, rápida aunque sin violencia, bajo el impulso del movimiento interno que le impone su masa. Se efectúan enormes movimientos en diversos puntos de la plaza cada vez que las manifestantes intentan detenerse en torno a los grupos de una o de varias oradoras. Pero inmediatamente se ven empujadas arrastradas por los miles de muchachas que las siguen y que a su vez se detienen. A pesar de las perturbaciones que en el orden general acarrearán los movimientos particulares, no hay pateos, no hay gritos, no hay carreras repentinas y violentas, las oradoras pueden seguir estáticas. En un momento dado la muchedumbre tantea un movimiento general de freno. Necesita algún tiempo para pararse del todo. En un extremo han comenzado ya las alocuciones, por los altavoces se solicita de las manifestantes que atiendan.

Las grúas han sacado a la luz del día las raicillas de un árbol. Con unas pinzas han despegado del suelo las extremidades filiformes quebradizas rizosas. Llevan adheridas algunas hojas arrugadas podridas atrofiadas. Al delimitar sistemáticamente en qué zonas el árbol se alimentó han llegado al centro del árbol, al tronco. Han descujado por

AUBIERGE CLARISSE PHÈDRE
EUDOXIE OLIVE IO MODESTE
PLAISANCE HYGIE LOUISE
CORALIE ANÉMONE TABITHA
THELMA INGRID PRASCOVIE
NATHALIE POMPEIA ALIÉNOR

entero el árbol enterrado, ramas hojas tronco raíces. El tronco roído blanquecino parece transparente. Las ramas y las raíces se asemejan. Ramas y raíces principales parten de ramificaciones que forman una red complicada greñuda, algo tupida en ciertos sitios por unas pocas hojas, por unos pocos frutos.

El trajino del agua se avisa mediante una carraca de madera muy dura, boj o sándalo, que, al agitarla, produce un sonido discordante. El agua se recoge en cubas de enorme capacidad. Hay otras dispuestas en subterráneos que la marea invade. Por regla general siempre hay agua en abundancia. Se utiliza para empapar los suelos antes de iniciar las tareas. De este modo se pueden delimitar los trazados de las veredas suplementarias, abrir trincheras, establecer terrazas nuevas, instalar glorietas.

Laure Jamais empieza su cuenta por, pito pito colorito, dónde vas tú tan bonito. Se refiere a Iris Our. Laure Jamais dice, ¿se ha muerto o no se ha muerto? Los nervios se relajan. Iris Our palpita más débilmente. La carótida hendida deja que la sangre escape a chorros. Le cubre las blancas vestiduras. Ha manado sobre el pecho, se ha corrido, le cubre las manos. Aunque brillante, parece cua-

DÉMONE ÉPONINE GABRIELLE
FULVIE ALEXANDRA JUSTINE
PHILOMÈLE CÉLINE HÉLÈNE
PHILIPPINE ZOÉ HORTENSE
SOR DOMINIQUE ARABELLE
MARJOLAINE LOYSE ARMANDE

jada y espesa. Algunos coágulos han formado costras en las vestiduras. Los brazos penden a cada lado de Iris Our. Las piernas están estiradas. Una mosca vuela y se posa. Al cabo de un rato vuelve a oírse el zumbido. La ventana está abierta, del otro lado las ramas de una acacia verde pálido se cimbrean. No se ve el cielo. Isabelle Our tiene los ojos cerrados. A su boca asoma una especie de sonrisa, que descubre los dientes. Al cabo de un rato la sonrisa se dilata, se va a convertir en risa. Sin embargo la carótida hendida no permite que ni un sonido se forme en los labios, sino sólo un gorgoteo atribuible tal vez a la deglución de la sangre.

Al nadar por la rada del río las que van delante provocan los brinco de los peces voladores. Los peces tienen cuerpos redondos de color de azafrán. Se ve cómo surgen fuera del agua, cómo se elevan. Caen con estrépito. Por todas partes empiezan a salir peces fuera del agua. En un momento dado las nadadoras se encuentran en el banco. Las manos los pies los brazos las piernas tropiezan con cuerpos pisciformes, provocan su aparición. Entre el cielo azulado y el agua ocre, están los cuerpos rojos de los peces que se alejan brincando.

Contemplan un viejo grabado en colores. Alguna lo relata diciendo que son mujeres uniformadas de azul real que desfilan en escuadra. Son unas quince. Sus pantalones tienen un ribete negro a cada lado. Los uniformes llevan botones dorados. Avanzan al son de una música de pífano. Sobre sus cabezas el viento agita los árboles. Flores blancas de acacia y flores de tilo caen sobre sus hombros. Una se echa a reír. En la plaza el ruido de la fuente resulta tan fuerte que cubre la música. Pero, será que las instrumentistas habrán redoblado sus esfuerzos, será que estarán a la altura de la fuente, en un momento dado ya sólo se percibe vagamente el ruido del agua. Las ventanas de las casas están abiertas. No asoman cabezas. Siguen a lo largo de la calle mayor y se detienen bajo las arcadas. Rompen filas. Charlan al entrar y las personas sentadas en el café, girando el cuello hacia ellas, las miran. En medio del azul real de los uniformes, hay una mujer enteramente vestida de rojo, también de uniforme.

A propósito de los feminarios dicen por ejemplo que han olvidado el sentido de una de sus chanzas rituales. Se trata de la frase, ya cae la tarde cuando el pájaro de Venus alza el vuelo. Está escrito que los labios de las vulvas se compararon con alas de pájaro, y de ahí el nombre de pájaro de Venus que les ha sido dado. Se ha comparado a las vulvas con toda clase de pájaros, con palomas, con estorninos, con bengalíes, con ruisseños, con pinzones, con golondrinas. Dicen que han desenterrado un texto antiguo donde el autor al comparar las vulvas con las golondrinas

dice que no conoce nada que más se valiere ni tuviere alatan presta. Sin embargo, ya cae la tarde cuando el pájaro de Venus alza el vuelo, dicen ellas que no saben lo que quiere decir.

El vellocino de oro es uno de los apelativos que han puesto a los pelos que recubren el pubis. En cuanto a las búsquedas de vellocinos de oro aludidas por ciertos mitos de antaño, dicen que de eso saben poca cosa. Dicen que la herradura que es una representación vulvar ha tenido valor de talismán durante mucho tiempo. Dicen que las formas más antiguas de describir vulvas parecen herraduras. Dicen que en efecto mediante esos dibujos ya aparecen designadas en las paredes de las grutas paleolíticas.

Dicen que los feminarios privilegian los símbolos del círculo, de la circunferencia, del anillo, de la O, del cero, de la esfera. Dicen que esta serie de símbolos les ha servido de hilo conductor para leer un conjunto de leyendas que han encontrado en la biblioteca y que han llamado el ciclo del graal. El tema trata de las búsquedas que unos cuantos personajes emprendieron para localizar el graal. Dicen que nadie puede equivocarse acerca del simbolismo de la

UGARIT EMÈRE BERTHE
JOAN ELIANE FEODISSIA
TORE SULEMNA AMARANTE
JIMINIE CRETESIPOLIS
VESPERA HEGEMONIE MAY
DORIS FORZITIA HÉMANÉ

tabla redonda que presidió sus reuniones. Dicen que en la época en que se redactaron los textos, las búsquedas del graal constituyeron únicas y singulares tentativas de describir el cero el círculo el anillo la copa esférica guardadora de la sangre. Dicen que a juzgar por lo que saben de la historia que siguió, las búsquedas del graal no llegaron a nada y quedaron como mero cuento.

También entran las leyendas de aquellas muchachas que tras haber hurtado el fuego lo llevaron en sus vulvas. Está la historia de la que durmió cien años por haberse pinchado el dedo con un huso, el huso presentado como símbolo del clítoris. A propósito de esta historia, suelen bromejar bastante sobre la torpeza de aquélla que tanto hubiera necesitado de las preciosas indicaciones de un feminario. Dicen riendo que ésta debería ser el fenómeno, popularizado igualmente, la que, en lugar de lengüecita dispuesta para gozar, tenía un dardo venenoso. Dicen que no entienden por qué la habrán llamado la bella durmiente del bosque.

Blancanieves corre por la espesura. Sus pies se traban en las raíces de los árboles, así que a cada instante tropieza.

Dicen que las niñas se saben el cuento de memoria. Rosa Escarlata la sigue detrás, no le queda más remedio que correr mientras grita. Blancanieves dice que tiene miedo. Blancanieves sin dejar de correr dice, ay antepasados míos, a vuestras sagradas rodillas me postro. Rosa Escarlata se ríe. Se ríe tanto que se cae y termina enfadándose. Con alaridos de rabia, Rosa Escarlata persigue a Blancanieves, blande un bastón, amenaza con matarla a golpes si no se para. Blancanieves más blanca que la seda blanca de su túnica se deja caer al pie de un árbol. Entonces, Rosa Escarlata roja como una amapola o bien roja como una rosa roja va y viene furiosa delante de Blancanieves, mientras golpea el suelo con su bastón y grita, no los tienes, no los tienes. Blancanieves gira la cara a la derecha para ver cómo pasa Rosa Escarlata, luego a la izquierda para ver cómo vuelve a pasar sin dejar de repetir cada vez más alto, no los tienes, tanto que Blancanieves acaba preguntando, ¿qué es lo que no tengo? y así logra interrumpir a Rosa Escarlata que dice, pues antepasados, no los tienes. Blancanieves dice que tampoco le hacen falta, sobre todo ahora que ya no tiene miedo alguno y que apoderándose de un bastón, echa a correr de un lado a otro, podemos ver cómo arremete contra los troncos de los árboles con todas sus fuerzas, azotando arbustos correosos, golpeando musgosas raíces. En un momento dado, le arrea un bastonazo a Rosa Escarlata que se había dormido al pie de una encina y parecía una raíz enorme, rosa como una rosa rosa.

Dicen que han encontrado gran cantidad de apelativos para designar las vulvas. Dicen que han retenido unos cuantos para divertirse. Casi todos han perdido sentido. Si se refieren a objetos, son objetos caídos hoy en desuso, o entonces se trata de nombres simbólicos geográficos. Ninguna habrá de entre todas ellas que sepa descifrarlos. En cambio las comparaciones no presentan dificultades. Por ejemplo cuando se comparan las ninfas con las violetas, o las vulvas, en su aspecto general con los erizos de mar, con las estrellas de mar. Perífrasis alusivas a sexos de doble orificio figuran ya recogidas por los feminarios. Los textos dicen asimismo que las vulvas se parecen a ciertas algas, a volutas. Como un ojo encerrado en sus párpados que bulle que brilla que se humedece. Como una boca con sus labios su lengua su paladar rosa. Los feminarios, además de los círculos, de los anillos presentan como símbolos de las vulvas a los triángulos cortados por una bisectriz a los óvalos a las elipses. Los triángulos figuraron siempre en todos los abecedarios dentro de una o dos letras. Podemos estilizar los óvalos o las elipses bajo la forma de rombos, o si no bajo la forma de medias lunas, es decir, óvalos partidos en dos. Esos mismos símbolos aparecen en las sortijas ovales cuyos engastes ciñen piedras de todos los colores. Según los feminarios las sortijas son contemporáneas de expresiones tales como las joyas los tesoros las piedras para designar a las vulvas.

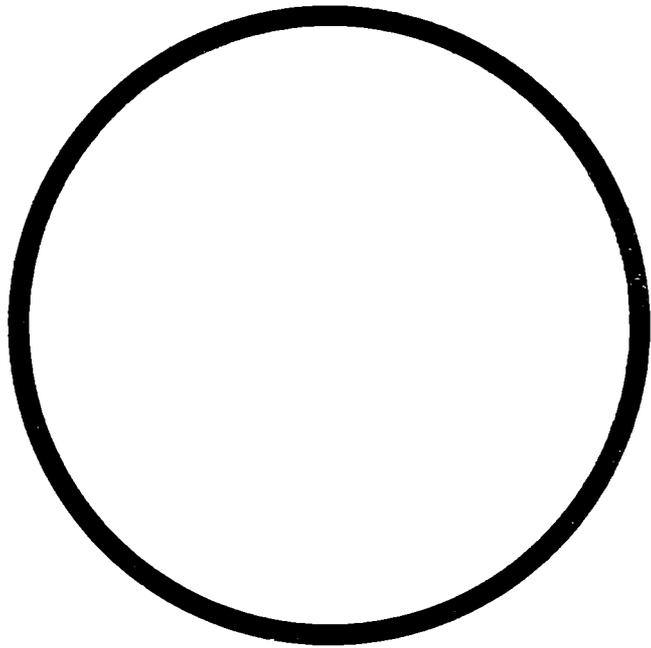
Dicen que podría ser que los feminarios ya hubiesen cumplido su cometido. Dicen que carecen de medios para ente-

rarse. Dicen que por muy impregnados que estén de textos antiguos que en su mayor parte ya no se encuentran entre sus manos, los consideran pasados de moda. Lo único que se puede hacer si no quieren acumular un saber inútil es amontonarlos en las plazas y pegarles fuego. Serviría de pretexto para fiestas.

A veces llueve sobre las islas naranja verdes azules. Una niebla persiste entonces por encima sin disimular los colores. Se respira un aire opaco y mojado. Los pulmones son como esponjas empapadas de agua. Los tiburones engullen los collares arrojados por la borda para que se alejen, las sartas de abalorios, las bolas lechosas. Más de uno queda prendido en los dientes de algún tiburón que se da vueltas y vueltas para librarse. Puede ocurrir que le veamos su blanco vientre. Se divisa una vegetación ecuatorial en las orillas. Los árboles están muy cerca del mar. Hay plátanos sejes oreodoxos euterpes arecas latanias yollillos yaguas. A menos que se trate de los verdes robles de Escocia. No hay resguardo en sus playas, no hay ensenadas, no hay puertos. Una franja de mar azul cerúleo es el contorno de las islas. Ellas permanecen por ejemplo en el puente del barco. Marie-Agnès Smyrne vomita las cuarenta y siete naranjas que por juego se ha tragado enteras. Caen de su boca una a una, e hilillos de saliva las acompañan. En un momento dado se oyen las sirenas de los barcos.

Cada vez que avanzan, lanzan un gritito. Cuando se detienen, sus voces adquieren largas modulaciones. Se desplazan a la manera de los canguros, juntando las piernas y agachándose para tomar impulso. A veces giran sobre sí mismas como peonzas, abrazándose la cabeza. Al moverse así exhalan un perfume de yaro de lirio de verbena que cunde de golpe en el espacio a su alrededor. El perfume es diferente a tenor de la velocidad de sus rotaciones. Se descompone al pasar por diversas tonalidades. Huele entonces a reseda a lila a gardenia o también a guisante de olor a correhuela a capuchina. Huele a mermelada de rosa a lychees a uva de Corinto. Huele a hojas que se pudren en el suelo, a cadáveres de pájaros. Cuando cae la noche, se desprenden de sus abrigos de pieles para acostarse. Los ajustan en forma de sacos, los suspenden de las ramas de los árboles y se deslizan dentro. Su colonia se divisa, desde muy lejos, como enormes bolas peludas que cubren los árboles.

En la leyenda de Sophie Ménade, se alude a un vergel plantado de árboles de todos los colores. Una mujer desnuda anda por el vergel. Su hermoso cuerpo es negro y brillante. Sus cabellos son serpientes finas y móviles que producen una música cada vez que se mueven. Es la cabellera consejera. La llaman así porque comunica por boca de sus cien mil serpientes con la mujer que ostenta



esa cabellera. Orphée, la serpiente predilecta de la mujer que anda por el jardín, no cesa de aconsejarle que coma fruta del árbol del medio del jardín. La mujer prueba la fruta de cada árbol y le pregunta a Orphée la serpiente cómo va a reconocer la buena. Hanle respondido que ya verá su resplandor, que basta con mirarla para que el corazón se alboroce. O hanle respondido que, tras comer esa fruta, se le desarrollará la talla, crecerá, sus pies no se separarán del suelo pero su frente tocará las estrellas. Y ella Orphée y las cien mil serpientes de su cabellera se desparramarán por ambos lados de su rostro, le formarán una corona brillante, sus ojos palidecerán como lunas, poseerá el conocimiento. Entonces ellas atosigan a Sophie Ménade con preguntas. Sophie Ménade dice que la mujer del vergel poseerá el verdadero conocimiento del mito solar, que todos los textos han estado oscureciendo adrede. Entonces ellas la atosigan con preguntas. Sophie Ménade dice, sol que amedrentas y cautivas / insecto multicolor, iridiscente / te consumes en la memoria nocturna / sexo que refulge / el círculo es tu símbolo / de toda eternidad eres / de toda eternidad serás. Ellas, ante estas palabras, se ponen a bailar, golpeando el suelo con los pies. Inician una danza circular, y dan palmadas, y profieren un canto del que no sale ninguna frase lógica.

Dicen que a partir del momento en que se nota la falta de los feminarios ya pueden remitirse al tiempo en que, visto lo que las caracteriza, hicieron la guerra. Dicen que todo lo que tienen que hacer es inventar los términos que

las describen sin recurrir convencionalmente a los herbarios o a los bestiarios. Dicen que eso se puede hacer sin énfasis. Dicen que lo que ante todo deben mencionar es su fuerza y su arrojo.

El gran registro está abierto encima de la mesa. A cada momento, se le acerca una de ellas y escribe alguna cosa. Es difícil compulsarlo pues rara vez se encuentra disponible. Incluso entonces, resulta inútil abrirlo por la primera página y buscarle un orden de sucesión. Tal vez si se hojea al azar surja alguna cosa en donde sentirse aludido. Puede ser poca cosa. Las escrituras por diversas que sean tienen todas un rasgo común. No pasa momento sin que se le acerque una de ellas para inscribir algo. O por una lectura en voz alta de un párrafo cualquiera a la que se procede. Puede ocurrir que muchas estén presentes para la lectura. Puede ocurrir asimismo que se efectúe la lectura sin ninguna asistencia, salvo una mosca que importunará a la lectora al posarse en su sien.

De vez en cuando Philomèle Sartre canta en cuclillas, haciendo oscilar el busto de delante atrás meciéndose de derecha a izquierda. Si para de cantar, cae hacia delante, de bruces al suelo, o lateralmente, hasta darse en la me-

jilla, doblando las piernas. Entonces canta sin discontinuidad. Cuando se le cierran los ojos por culpa del cansancio, dos de ellas la tienden en una cama o si no en la hierba al sol y de este modo se queda dormida.

Hélène Myre pasa por entre los grupos con bandejas transparentes. Se perciben voces, murmullos. Llegan del invernadero los discordantes sonidos de un cártolo. Muchas son las que se calzan el coturno y recorren corriendo las alamedas. Entretanto Hélène Myre presenta al pasar vasos de jarabe de coloración diversa. Le preguntan cuál es el líquido rojo o azul, la respuesta es que el líquido es el mismo sin que importe el color, meloso y dulzón, si se mojan los dedos quedan pringosos y tintos. A propósito de eso una dice burlona, dime qué color usas y te diré quién eres. De las ramas de los árboles caen estrellas fugaces que pasan del azul al rojo al naranja y bruscamente se extinguen. Hay farolillos redondos colgados de los alambres que mantienen en horizontal las espalderas de árboles frutales. En un momento dado los que están suspendidos de los arcos de la rosaleda se incendian, el fulgor que arrojan trasciende, tarda en desaparecer.

ROSEMONDE ADÈLE EDMÉE
DEBORAH OSMÈNE GALLIA
EDVOKIIA ABIGAIL LAMIA
ESTÈVE TIMARÉTA SAUGE
LEUCOTÉE ARLETTE MÉRÉ
PASIPHAÉ CARRIE AUDREY

Sus ojos, que un tegumento filiforme retiene, se confunden tras sus largos cabellos. Cuando sacuden la cabeza para desprender de sus mejillas algún rizo o cuando se inclinan, aparecen bulliciosos brillantes azulados aureolados del blanco de la córnea redondos como ágatas. Apenas los tientan si no es por corregirlos, cuando peinan sus cabellos rizo a rizo. Cada uno, tocado, cierra entonces los párpados, como una luciérnaga que se ahogara. Cuando saltan por los prados cogidas de la mano, sus cabelleras dejan traslucir algo similar a centenares de grandes perlas que destellan al sol. Si prorrumpan en llanto, quedan envueltas en la caída de sus lágrimas, de la cabeza a los pies. Por entre la luz, unos arco iris diminutos las cubren de nimbos y de resplandores.

Es un animal sin cabeza y sin cola que se parece a una peonza. Gira sobre sí mismo sin proferir sonido alguno. Igual puede andar cubierto de escamas que de plumas. Nadie sabe cómo se mueve. Nadie vio que adelantase o que retrocediese o que progresase de lado a la manera de los cangrejos. De golpe llegó. Puede desprender una leve olor a acónito a incienso o apestar a ajo o a clavel. Dentro de las casas no se sale del centro de las habitaciones, girando sobre sí mismo sin descanso. Aunque le obliguen a

marcharse, súbitamente reaparece. Sus ojos y su boca se hallan a nivel del suelo. Nadie los ve. Es posible que los utilice durante sus movimientos giratorios. Nadie le conoce ningún chillido. Le llaman el julepe por la predilección que parece sentir hacia el agua de rosas. Las niñas intentan domesticar a los julepes. Les ciñen correas para arrastrarlos. Pero ni siquiera tirando con todas sus fuerzas logran que los julepes cambien de sitio. Siguen clavados en el punto donde fueron descubiertos. Parece como si una especie de imantación les atara al suelo.

Dicen que aprehenden sus cuerpos en su totalidad. Dicen que no conceden privilegio alguno a una parte determinada so pretexto de que antaño fuera objeto de prohibición. Dicen que no quieren caer presas de su propia ideología. Dicen que no han recogido ni desarrollado los símbolos que necesitaron durante los primeros tiempos para manifestar la evidencia de su fuerza. Por ejemplo no comparan las vulvas al sol a la luna a las estrellas. No dicen que las vulvas sean como soles negros de nocturno estallido.

Con ventolera las hojas caen de los árboles. Acuden a recogerlas en cestas del pan. Las hay que con sólo tocarlas

se pudren. Se esparcen por los prados por los bosques. En las canastas hay hojas de castaño de adelfa de arce de clavelo de guayaco de copayero de roble de mandarina de sauce de haya roja de olmo de plátano de terebinto de latanía de mirto. Tébaire Jade las dispersa en la sala mientras grita amigas, no os dejéis embaucar por vuestra imaginación. Entre vosotras os comparáis a los frutos del castaño a los clavos de especia a las mandarinas a las naranjas verdes, pero no sois más que frutos de la apariencia. Como las hojas al menor soplo os desvanecéis, por hermosas que seáis, o fuertes, o ligeras, poseedores de un entendimiento tan sutil tan ágil. Desconfiad de la dispersión. Seguid juntas como los caracteres de un libro. No os salgáis del manojo. Están sentadas sobre el montón de hojas cogidas de la mano, mirando hacia fuera cómo pasan las nubes.

Juegan a un juego. Se practica en una explanada de gran dimensión. El suelo se reparte en fajas que siguen los colores del espectro. Hay ciento cincuenta aros violetas ciento cincuenta aros añiles ciento cincuenta aros azules ciento cincuenta aros verdes ciento cincuenta aros amarillos ciento cincuenta aros naranja ciento cincuenta aros rojos. Los equipos se componen de setenta y cinco personas cada uno, alineadas a ambos lados de la línea mediana de la explanada. Cada equipo dispone de iguales fajas de violeta de añil de azul de verde de amarillo de naranja de rojo. Una máquina situada en el centro de la explanada expelle los aros uno tras otro a ritmo rápido. Ascenden verticalmente

METTE KHADIOTA MICHÈLE
P H A N O HUGUETTE LELIA
SIDONIE O MAYA MERNEITH
INIBRINA WOUANG-QIANG
ASPASIE HANNAH LETITIA
NORA BENOITE RADEGONDE

por encima de las cabezas de las jugadoras. Giran sobre sí mismos. Describen al mismo tiempo un vasto círculo que va en aumento, de acuerdo con el movimiento que les ha imprimido la máquina. El trazado de sus desplazamientos equivaldría a una inmensa espiral. Las jugadoras tienen que apoderarse de los aros sin salirse de las fajas de color que les han sido asignadas. No tarda en producirse un maravilloso tumulto de cuerpos que chocan en su intento de quedarse con el mismo aro o de abandonar la refriega.

Las repartidoras de fábulas reciben buena acogida. Se celebra una fiesta en su honor Levantan mesas en los invernáculos, en las albitanas. Narcóticos se mezclan a las bebidas, los hay en los vinos, en los alcoholes, belladona beleño negro hierba mora estramonio. También hay afrodisíacos hachís opio. Durante el momento inicial reina la calma entre las que beben. Por las puertas abiertas se las ve tumbadas sobre divanes, medio amodorradas, o tendidas sobre la hierba del césped. Al cabo de un rato ya vibran delirantes. Algunas tocan un instrumento y cantan en algún rincón de los jardines, las lágrimas fluyen por sus mejillas, los sollozos acaban interrumpiendo sus cantos. Otras bailan desmelenadas mientras sus pies golpean el suelo con todas sus fuerzas. En torno a las mesas, bajo el efecto de la droga, sueltan peroratas donde se acumulan las paradojas las absurdidades las logomaquias los paralogismos las cavilaciones las enumeraciones incompletas. En un momento dado hay una que interpela a las que hablan soli-

citando gracia, exigiendo una argumentación desprovista de defectos. Todas entonces se callan y se duermen.

No dicen que las vulvas en sus formas elípticas sean comparables a los soles, a los planetas, a las innumerables galaxias. No dicen que los movimientos giratorios sean igual que las vulvas. No dicen que las vulvas sean formas primeras que como tales describen el mundo en todo su espacio, en todo su movimiento. No crean en sus discursos figuras convencionales a partir de esos símbolos.

Lloran, acostadas o sentadas aparte. La helada solidifica sus lágrimas que brillan en sus mejillas y centellean. Lloran, sus sollozos doblan sus cuerpos, visiblemente rebozados de nieve. Hay sitios en donde el viento arroja contra sus rostros nubes blancas pulverizadas. Sus gritos sus quejas sus lamentaciones ascienden sin rebasar la sima. Igual daría que fueran mudas. Sus manos rígidas no buscan sus mejillas para secar sus lágrimas ni sus bocas para restañar la sangre que fluye de sus encías. Están en una hoya helada que refleja todos los rayos del sol. Parece que esos resplandores se desgajen del suelo, trepen como llamas, tiemblen, pasen del rojo al amarillo naranja o del rosa al

violeta. Es como un cráter de volcán que arda pronto a sepultarlas.

Borrachas, dicen que están borrachas. Grandes campos de adormideras encarnadinas aparecen pisoteados. Las cabezas, los pétalos destrozados cuelgan fláccidamente o se entremezclan con la tierra. No se ve ni una gota de rocío en las flores. Ellas bailan. Se cogen del cuello y se dejan caer al suelo, morados los labios, los ojos desencajados. Dicen que están borrachas. Llevan los brazos y las piernas al aire. Sus cabellos sueltos les tapan las mejillas, luego, al sacudirlos, descubren unos ojos brillantes, unos labios abiertos para cantar.

Más vale no correr. Más vale caminar sin impaciencia contando el número de pasos. Si no hay error, si se dobla a la izquierda en el momento preciso, los brazos extendidos no tocarán el árbol de la miel, pringoso. Más vale llegada esa fase de la marcha que se interrumpan los cálculos y que nuevamente se empiece a partir de cero. Si no hay error en los cálculos, si juntando los pies se salta en el momento preciso, es imposible caer en el foso de las serpientes. Más vale llegada esa fase de la marcha que se interrumpan los cálculos y que nuevamente se empiece a

ISADORA VI-SEUM JEZABEL
ODILE ZUBAIDA DINARZADE
GISÈLE MARY CANDRA SITA
CÉLIMÈNE ASTRID MARLÈNE
CLÉO LYSISTRATA ZÉNÉIDE
EMON CLORINDE MESSALINE

partir de cero. Si no hay error en los cálculos, si uno se agacha en el momento preciso, no quedará atrapado por las mandíbulas del cepo. Más vale llegada esa fase de la marcha que se interrumpan los cálculos y que nuevamente se empiece a partir de cero. Si no hay error en los cálculos y si se grita Sara Magre en el momento preciso, no caerá en los brazos de la incomparable, de la gigantesca, de la sapientísima Sara.

No son muchas entre seis para mantenerla. Su boca está abierta. Se perciben frases inarticuladas, gritos. Golpea el suelo con los pies. Tuerce sus brazos para desasirlos del empeño, sacude la cabeza en todas direcciones. En un momento dado, se deja caer, golpea el suelo con los brazos, se revuelca entre alaridos. Coge tierra con la boca y la escupe. Sus encías sangran. Se perciben palabras como muerte sangre sangre quemadura muerte guerra guerra guerra. Desgarra entonces su vestido y pega cabezazos contra el suelo hasta desplomarse muda, sin sentido. Cuatro de ellas se la llevan cantando, detrás de mis párpados / los sueños no arriban a mi mente / esté dormida o despierta / no existe ningún descanso.

Para recibir a las mensajeras, se reúnen bajo el gran roble. En las más fuertes calores, la sombra que proyecta es fresca. Están sentadas en corro. Hablan o dormitan. A veces, ni una mensajera llega. Se alzan entonces y sacuden sus ropas, luego se dispersan y se pierden de vista por senderos que se bifurcan.

Suele ocurrir que hablen juntas del último cuento que les han referido. Por ejemplo Diane Ebèle le explica a Aimée Dionis el cuento de Koue Feï que trata de una muchacha que persigue al sol. Siempre está a punto de alcanzarlo. Para escapar, el sol se sumerge en el mar. Entonces Koue Feï se le pone a nadar detrás. Así cruza todo el océano. Ya lo tiene muy cerca cuando el sol sale de las aguas para escapársele una vez más. A toda prisa Koue Feï salta sobre el sol y se le mete dentro. Con el zarandeo le lleva a bascular, y por eso algunas estrellas se caen. Sin embargo Koue Feï ha conseguido sentarse en el sol. Ahora es ella la que decide el paso. Puede obligarle a que recorra su órbita despacio o más rápido según se le antoje. De ahí viene que para tener buen tiempo cuando se van a pescar las niñas invocan a Koue Feï, señora del sol, para que se detenga un rato sobre el mar.

En la colina, las veletas están colocadas unas al lado de otras. Las placas de metal que giran en torno a los ejes están pintadas de verde azul rojo blanco amarillo negro. Cada placa lleva alrededor unas franjas largas y finas que se levantan con el viento. No hay ninguna veleta que indique la misma dirección. Algunas giran a toda velocidad. Las blancas en ese movimiento retienen la luz del sol. Como si fueran espejos despiden algunos fulgores.

Al hablar de sus sexos no utilizan hipérbolos metáforas, no proceden mediante acumulaciones o gradaciones. No recitan esas largas letanías, cuyo motor consiste en una imprecación sin fin. No procuran multiplicar las lagunas de manera que en conjunto supongan un lapsus voluntario. Dicen que todas esas formas denotan un lenguaje ya anticuado. Dicen que todo tiene que volver a empezar. Dicen que un gran viento barre la tierra. Dicen que va a salir el sol.

Contemplan la imagen en colores de la pantalla. La fachada de ladrillos rosas relumbra bajo la escarcha. Algunos rayos del sol naciente la hieren en oblicuo, e incendian los vidrios de las ventanas. Hay un montón de ramas y hojarasca al que arrojan flores tronchadas marchitas rosas

DIONÉ INÈS HÉSIONE ELIZA
VICTOIRE OTHYS DAMHURACI
ASHMOUNIGAL NEPHTYS CIRCÉ
DORA DENISE CAMILLE BELLE
CHRISTINE GERMANICA LAN-ZI
SIMONIE HEGET ZONA DRAGA

margaritas anémonas. En la imagen siguiente se ve el cielo sin que lo cruce un pájaro, la fuente de delante de casa sin que mane el agua. Luego contemplan los cuatro grandes tilos podados y el sitio regular que determinan, casi cuadrado, constituido por un calvero raso. Vuelve a divisarse la casa entre los cuatro árboles. El frontón es un triángulo apretado. Los postigos son de madera gruesa. La puerta principal aparece ligeramente abierta. Deja visibles las losas rojas de la entrada.

Están de pie junto al estanque. Sus frases y cantos forman una masa sonora que rebota por la superficie plana hasta el otro lado. Las opacas campanas de las argironetas siembran de agujeros el agua. Al decaer la luz del día, los reflejos de los árboles se vuelven desmesurados. Las efémeras se deslizan espasmódicas a flor de agua. Hay miles de estraciómidos de aplastado vientre quietos en las azucenas los nenúfares los grandes lirios. Ellas observan su propia imagen. Es como un ejército de gigantas. Las formas de sus vestidos se cuarteán. Los colores verdes y rojos que las componen crean manchas que no se están quietas, en un continuo agregarse y disgregarse. Cuando se giran, ven que las imágenes quedan reproducidas en la serie de los dieciocho estanques, idénticas, todas deformadas.

Las ambulaciones son cíclicas y circulares. No importan los itinerarios, no importan los puntos de partida que ellas elijan, siempre van a parar al mismo sitio. Los recorridos son paralelos, equidistantes, cada vez más angostos a medida que se acercan al centro de la figura. Como sigan el trazado que va del interior al exterior, no tendrán más remedio que recorrer el mayor de los círculos antes de que encuentren el paso que las devolverá al centro. Es un sistema cerrado. Ningún radio que salga del centro permite que éste se ensanche o se desencaje. Al mismo tiempo es ilimitado, la yuxtaposición de los círculos que se van ensanchando configura todas las revoluciones posibles. Virtualmente es la esfera infinita cuyo centro está en todas partes y su circunferencia en ninguna.

Una de ellas cuenta la muerte de Adèle Donge y de cómo se procedió al embalsamamiento de su cuerpo. Se ve en el relato cómo la ponen encima de una trabanca. Por el vientre abierto sacan los intestinos. Vaciado ya el abdomen de sus órganos lo lavan con un agua a la que han añadido ácido sulfúrico. Luego lo secan. Introducen diversas sustancias, mentas majadas benjuí salvia estoraque que mezclan con formol con fenol con permanganato con agua oxigenada. Tienen que reunir las pieles y las membranas sueltas, tienen que coserlas juntas. Vacían la cabeza del cerebro, tras haber perforado el cráneo por mediación de un trépano. Se introducen las sustancias balsámicas desecativas antisépticas en la caja craneal. Se conservan las vísceras como materias preciosas en grandes bicales de vidrio

que llevan inscripciones. El cerebro no las preocupa. Lo abandonan al descuido sobre cualquier mueble. Puede que un animal doméstico lo agarre y lo devore. Tras este relato, bostezan o aplauden sin mucho entusiasmo.

Suele ocurrir que avancen por un campo de altas flores. Los manojos de un amarillo anaranjado se elevan por encima de sus cabezas y se cimbrean. Si tropiezan contra los tallos, de los oscilantes pistilos, cae polen, en gran cantidad. La flor gigante es un mástil cuya extremidad se enrosca sobre sí misma, queda ensortijada y reproduce el dibujo de un báculo episcopal. La hermafrodis es una flor que desprende un perfume absorbente. Algunas de las que avanzan ya no pueden tenerse en pie. Caen de rodillas, se desploman, la cabeza les cuelga, el cuerpo se encorva. O si no, se retuercen los brazos, gritan, se arrojan de bruces como en un ataque de locura. Las grandes flores amarillo naranja y las altas hierbas resplandecen bajo el sol. Van avanzando por el bosque, entre los tallos leñosos y enhietos, con el rostro herido por el sol, cubierto del polen que no cesa de escaparse de estambres que no se ven.

La historia que cuenta Emily Norton sucede en un tiempo en que todos los detalles de un nacimiento se re-

GILLE STÉPHANIE CYDIPPE
OLÉA ALBERTINE DELMIRA
ANDRÉA SOPHONISBE ALBE
CLÉLIE TAI-REN BUTHAYNA
JEPHTÉ H O L A A BLANDINE
ATIKA NAUNAMÉ CHRYSÉIS

gulan como en un ceremonial. Cuando nace el niño, la comadrona empieza a soltar alaridos igual que las que pelean en la guerra. Eso quiere decir que la madre ha vencido como guerrera y ha capturado a un niño. Por encima del hombro de Emily Norton contemplan las efigies de las mujeres de grandes bocas abiertas, vociferantes, acuclilladas, con la cabeza del niño entre sus muslos.

Dicen que, llegadas a este punto, deben examinar el principio que las viene guiando. Dicen que no tienen por qué extraer su fuerza de unos símbolos. Dicen que lo que ellas son ya no podrá quedar comprometido de ahora en adelante. Dicen que, por consiguiente, hay que dejar de exaltar las vulvas. Dicen que deben romper el último vínculo que las sujeta a una cultura muerta. Dicen que todo símbolo que exalte el cuerpo en fragmentos es temporal, debe desaparecer. Antaño así ocurrió. Ellas, cuerpos íntegros primeros principales, avanzan caminando juntas por otro mundo.

En tal estado de cosas, mandan traer los enseres. Los copos los telares los enjullos las lanzaderas los peines las

brecas los álabes los paños las telas los casimires los driles los calicós los crespones las indianas los satenes las bobinas de hilo las máquinas de coser las máquinas de escribir las resmas de papel los blocs de taquigrafía las botellas de tinta las agujas de coser las tablas de planchar las máquinas-herramientas los torcedores las bobinadoras las encuadernadoras la mesa de montaje las pinzas las cánulas los soldadores las empapeladoras los hilos para trenzar para torcer para enfilear las máquinas de hacer media los calderos las cubetas de madera las marmitas las cacerolas los platos las sartenes las escobas peludas los aspiradores las lavadoras los cepillos etcétera. Las amontonan en una inmensa hoguera que encienden, haciendo explotar todo lo que no se consume. Entonces bailan a su alrededor, aplauden, gritan frases obscenas, se cortan el cabello o se lo sueltan. Cuando el fuego se ha extinguido, cuando están cansadas de provocar explosiones, recogen los detritus, los objetos que no se han consumido, los que no se han fundido, los que no se han desintegrado. Los recubren de pintura azul verde roja para reunirlos en composiciones grotescas grandiosas abracadabrantas a las que ponen nombres.

La forma de mi escudo / es el vientre blanco de una serpiente / día y noche velo por ti. Françoise Barthes lee en voz alta, en el gran registro, la historia de Trung Nhi y de Trung Trac. Françoise Barthes dice que trata de dos jóvenes campesinas que siempre combatieron una al lado de la otra. Murieron al mismo tiempo después de tres años

de guerra. Se las vio codo con codo en lo más duro del combate, singulares, representando los dos nervios de la revuelta contra los poderosos ejércitos feudales. Los dos escudos en alto, negro y blanco, el de Trung Nhi o el de Trung Trac se perciben por encima de la multitud, muy cerca uno del otro, mientras que las lanzas apuntan hacia el enemigo. Françoise Barthes dice que, por grandes que sean las batallas reñidas o que vayan a reñir, nunca debemos olvidar a las dos hermanas Trung.

Una serpiente negra brillante, con anillos rojo carmín, está enrollada sobre la hierba al sol. Parece como si su cuerpo fuera un mineral, una especie de azabache. Apenas se mueve, ni siquiera cuando la cogemos para hacernos un adorno, cuando nos la enrollamos largamente alrededor del cuello, del pecho, de la cintura. Dejada otra vez en el suelo, parece adormecerse. A propósito de ella una recuerda la existencia de una antigua secta, las Ofidianas, que adoraron a las serpientes. Enseña uno de sus actos rituales, uno de cuyos momentos consiste en el beso a la serpiente. Entonces aplica sus labios en las negras escamas.

HALIDE LUDWIGE OLINDE
WHILHELMINE GASPARDE
RÉGINE MALVIDA DIOTIME
MADELEINE PHÉNARÈTE IVY
RICARDA COSIMA NÜ-JIAO
LAURENCE LABAN AMABLE

La noticia procede de la asamblea que compone el diccionario. El ejemplo propuesto para ilustrar la palabra odio ha sido rechazado. Se trata de una frase de Anne-Louise Germaine, han transformado el odio en energía y la energía en odio. Se ha invocado como pretexto que la frase contiene una antítesis y por ello es poco precisa. La que ha traído la noticia, que se llama Jeanne Sbire, es despreciada. La rodean la empujan la injurian. Jeanne Sbire llora desconsoladamente diciendo que no puede hacer nada. Pero ellas se enfadan y dicen que realmente es una antítesis y ¿por qué no la han suprimido manteniendo el primer miembro de la frase que sólo tiene un sentido? Entonces empiezan a cantar a toda voz el célebre canto que empieza por, que cien flores se abran, que cien escuelas rivalicen.

Grandes asambleas se reúnen al alba cuando todavía se distingue una luz azulada por encima de los techos de las habitaciones. Las voces son sonoras y claras. Es una gran migración. En los alojamientos para las caravanas se colocan los humeantes calderos en las mesas, los tazones se llenan con los cucharones y se distribuyen. Se percibe un penetrante olor a café. Invade las calles. Entra por las ventanas abiertas. Algunas de ellas avanzan lentamente en pequeños grupos. Por los paseos de árboles, arrastran los pies, sus rostros están embotados por el sueño. Otras, de pie en sus sitios, esperan, se las ve bostezar. Las columnas se ponen en marcha cuando todavía no ha amanecido. Van

en un orden uniforme. Sus idénticos uniformes están coloreados por la azulada luz del alba. Llevan el paso de una tropa que vacila, luego se ordenan, vuelven a encontrar su ritmo. Más tarde sale el sol.

Explican cómo los caballos volvieron de Soaume, grises, sucios, cojos, sin jinetes, a paso lento, apretados unos contra otros. De vez en cuando uno de ellos levanta la cabeza y mueve la crin. No se oye ni un solo relincho. Algún casco desherrado raspa el suelo y tropieza con el borde de las piedras. Algunos caballos están heridos, la sangre fluye por sus vientres. O avanzan sobre tres patas, la cuarta está rota desollada cortada. Los que todavía conservan la silla llevan los estribos golpeándoles los flancos, mal fijados. La mayoría no la conservan.

Alguna habla de las diputadas que han ido hacia los ejércitos enemigos. Son muchachas que se sientan con firmeza para hablar. Llevan el uniforme blanco de las que representan la paz. Se dirigen sin un instante de reposo hacia el lugar que les ha sido asignado. La saliva que humedece sus lenguas está espesa por el polvo de los caminos. Los ejércitos no son visibles. Cuando se ha decidido un camino,

no se cuentan los días durante la empresa. Estamos en marcha. Si sale el sol fijamos en él nuestros ojos inmóviles. O miramos la luna y las estrellas. No se sabe cuándo podremos abandonar nuestros miembros al reposo y dormir al abrigo de la luz, cerrados los ojos.

Nos enteramos que en el mundo de las Cuatro fuerzas han sufrido pérdidas. Muchos centenares de ellas tienen las piernas rotas. De momento deben colocarse en los cochecitos de los inválidos. Las encargadas de cuidarlas las pasean por las calles de las ciudades. Son las que las lavan y las hacen vivir. Ha habido una deliberación para decidir lo que se debe hacer. Es cuestión de enviar pequeños grupos clandestinos para sostener la moral de las disidentes. De este modo el conjunto del frente estaría en contacto permanente con el mundo de las Cuatro fuerzas. Al mismo tiempo que las informaciones y las órdenes, no se deberían ahorrar consejos exhortaciones ni palabras animosas.

Dicen que han sido equiparadas a la tierra al mar a las lágrimas a lo que es húmedo a lo que es negro a lo que se quema a lo que es negativo a las que vuelven sin combatir. Dicen que ésta es una concepción debida a un razonamiento mecanicista. Pone en juego una serie de términos que es-

OURIKA AKAZOMÉ CYPRIS
'ÉBŪNINÉ 'AINGÉLŪŪE 'LIA
RODOGUNE JASMINE KALI
SIVAN-KI ZULMA CYANA
GALERIA HELLAN AĪMATA
SAMARE JOSUÉ SAKANYA

tán sistemáticamente relacionados con términos opuestos. Sus esquemas son tan burdos que el mero recuerdo las hace reír estrepitosamente. Dicen que también pueden ser relacionadas con el cielo con los astros en su movimiento conjunto y en su disposición con las galaxias con los planetas con las estrellas con los soles con lo que quema con las que combaten con violencia con las que no se rinden jamás. Bromean con ello, dicen que es caer de Caribdis a Escila, evitar una ideología religiosa para adoptar otra, dicen que lo que tienen las dos en común es que ya no son vigentes.

Instan a Shu Ji para que les cuente la historia de Nu Wa. Shu Ji explica cómo se desmoronó la montaña del país de Nu Wa, cómo el cielo se inclinó hacia un lado, cómo empezó a hundirse la tierra. Entonces fue cuando Nu Wa decidió remediar este estado de cosas. Se la ve cortar rocas de todos los tamaños para reparar el cielo, cortar las patas de una tortuga gigante para volver a levantar la tierra, por los cuatro puntos cardinales. Todo lo que vive en este país está en grave peligro de muerte a causa de un dragón negro. Entonces Nu Wa, en una gran batalla, mata por fin al dragón. Shu Ji explica que, no obstante, Nu Wa no había acabado aún con todas las dificultades. Las aguas que se desbordaron en el momento del cataclismo cubren la tierra. Por esto Nu Wa incendia todos los rosales de su imperio, hasta que, completamente consumidos, absorben las aguas con sus cenizas.

Cuando se relata que Lei Zu fue quien descubrió la seda, no se cuenta de qué manera llegó a este resultado. Quizá fue después de una serie de observaciones que hizo ella misma. O tal vez alguna de sus adeptas le dejó el monopolio de esta industria. O acaso los primeros resultados fueron obtenidos por una joven campesina y la noticia llegara a oídos de Lei Zu. También podría suponerse que Lei Zu es una emperatriz sin criados y sin fasto, que adquiere por la observación conocimientos experimentales sobre los bómbrices. En efecto, está escrito que Lei Zu, después de descubrir los gusanos de seda, elaboró el método de criarlos y la industria de su seda. Primero Lei Zu descubre todo el partido que se puede sacar de la substancia filiforme segregada por los bómbrices cuando se rodean de un capullo. En segundo lugar, se da cuenta que es necesario provocar artificialmente las grandes concentraciones de bómbrices. Por último, determina las operaciones inmutables que necesita la producción del hilo de seda: seleccionar los capullos, ahogar las crisálidas, devanar los capullos para obtener la seda cruda, extraer la seda cruda en hilos o hilarla mecánicamente por medio de un molino provisto de husos.

Dicen que podrían celebrar grandes ceremonias de luto. Por ejemplo, se lloraría la muerte de Julia. Una pregunta si ha sido estrangulada y si lo ha sido con una tela violeta. Otra dice que fue colgada públicamente en el cadalso, sus pies sobresaliendo de su larga túnica, cortados los cabellos en señal de infamia. Dicen que también podía haber sido decapitada, el cuello separado de la cabeza dejando escapar un flujo de sangre de la carótida. También podría ser que le hubieran aplicado el suplicio de la rueda en la plaza pública. A la que pregunta cuál fue su crimen, responden que es idéntico al de la mujer de la que está escrito que se dio cuenta que se podía comer del árbol del jardín, que era tentador y que era deseable para adquirir la sabiduría.

Cuando a los lados de los paseos no hay altos árboles, manzanos silvestres, sauces, abedules, manzanos, zarzales, arbustos, hayas o flores de largo tallo, la mirada puede recorrer el conjunto de su trazado. Desde cualquier punto del jardín se puede apreciar, dando la vuelta sobre sí mismo, cuáles son las formas geométricas que determinan la red de figuras. Si el sistema es riguroso pueden combinarse itinerarios múltiples. Los límites y las proporciones de las figuras aluden a un infinito hipotético de la misma forma que las diversas series de números.

VASA FABIENNE BELISSUNU
NEBKA MAUD ARÉTÉ MAAT
ATALANTE DIOMÈDE URUK
OM FRANÇOISE NAUSICAA
POUDOUHÉPA KOUWATALLA
AGATHOCLÉE BOZÉNA NADA

Los dos ejércitos están frente a frente. Las combatientes están en pie, inmóviles, esperando la orden de moverse. Sus manos sostienen escarabajos del color de su ejército. Unos son rojos, los otros azules. Los escarabajos están inmóviles, verticalmente, alineados encima de sus cabezas. Suenan las trompetas. Empieza el ataque. Enseguida aparece una multitud de escarabajos rojos y azules, de cuerpos rojos y azules. Los escarabajos entrechocan con violencia. Algunos escapan con un gran zumbido. Un escarabajo rojo está inmóvil sobre el mar. Una combatiente corre a lo largo de la playa para apoderarse de él. Una banda de escarabajos azules se escapa por el lado de las dunas, perseguidos por escarabajos rojos. Se oyen risas y cantos. Algunas de ellas, privadas de sus escarabajos, yacen en medio del campo de batalla y sangran.

Excitan con sus risas y sus gritos a las que combaten en la hierba. Luchan hasta que son derribadas. Vemos que sus muslos, sus rodillas están en movimiento. Su fuerza reside en el sólido asentamiento del tronco sobre la pelvis. Tienen erguidas espaldas que se pliegan con vigor y suavidad a la altura de los riñones. Luego, erguidas caminantes, se dirigen hacia las colinas. Encuentran ciudades cerradas, sólidamente amuralladas. Entonces, dirigiéndose a las murallas, preguntan cuál de ellas posee la fuerza más completa.

Dicen que han aprendido a contar con sus propias fuerzas. Dicen que saben lo que en conjunto significan. Dicen, que las que reivindican un nuevo lenguaje aprenden primero la violencia. Dicen que las que quieren transformar el mundo se proveen ante todo de fusiles. Dicen que ellas parten de cero. Dicen que empieza un nuevo mundo.

A Hipólito se le envió el león de la triple noche. Dicen que fueron necesarias tres noches para engendrar un monstruo de figura humana capaz de vencer a la reina de las Amazonas. Cuán duro fue su combate con el arco y las flechas, cuán encarnizada fue su resistencia cuando lo arrastró lejos hacia las montañas para no comprometer la vida de sus semejantes, dicen que no lo saben, que la historia no ha sido escrita. Dicen que desde aquel día siempre fueron vencidas.

El juego consiste en hacer una serie de preguntas, por ejemplo, ¿quién dijo, así lo quiero, así lo ordeno, que mi voluntad sustituya a la razón? O ¿quién no debe actuar

jamás según su propia voluntad? O bien ¿quién no es más que un animal del color de las flores? Existen muchas otras, como ¿quién debe practicar las tres obediencias?, y como, ¿quién lleva descrito su destino en su anatomía? Todas las preguntas tienen la misma respuesta. Entonces se echan a reír ferozmente dándose palmadas en los hombros. Algunas, con los labios entreabiertos, escupen sangre.

Para dormir se suben a los alvéolos blancos. Centenares de miles de ellos están excavados en las paredes. Sus aberturas concéntricas son tangentes. Se desplazan de uno a otro con rapidez, incluso a toda velocidad. Desnudas, con los cabellos cubriéndoles los hombros, suben para escoger su alojamiento. Pueden dormir en el alvéolo que se parece a un huevo, a un sarcófago, a una O, si sólo se considera el plano de la abertura. Pueden haber varias en uno solo, gesticular, cantar y dormir. Es un refugio privilegiado aunque no cerrado. El aislamiento entre los alvéolos es tal que, aunque se golpee con fuerza entre la pared ovoide en cualquier punto, el ruido de los golpes no se oye en la celda adyacente. Acostadas en un alvéolo, es imposible distinguir a los ocupantes de las otras celdas. Antes del gran reposo, se oyen murmullos de voces, confusos, luego se oye claramente la frase —es necesario romper este orden— repetida por miles de voces, con fuerza.

ANACTORIA PSAPPHA LETO
OUBAOUÉ CHÉA NINÉGAL
IPHIS LYDIE GENEVIÈVE
EUGÉNIE THEODORA WATI
NOU T BETTE HÉTÉPHÈRES
GUDRUNE VÉRONIQUE EMMA

Las habitaciones son gemas multicolores esféricas. Unas son transparentes. Algunas flotan en el aire y derivan suavemente. Otras están atadas a pilones de acero deslustrado que de lejos parecen tallos. Las habitaciones están fijadas a diversas alturas, según intercalaciones distintas. No existe simetría alguna en su disposición. Están unidas a los pilones por tallos transversales que les son perpendiculares. La longitud de estos tallos también es variable. Es imposible determinar desde esta distancia lo que permite a los habitantes subir a sus moradas. Los pilones son muy altos. Sus estructuras metálicas de líneas limpias y precisas se recortan sobre el horizonte. Llevan enganchadas centenares de miles de esferas. Entre las esferas se percibe el movimiento de las nubes, el sol o la luna, las estrellas. Si se levanta el viento todas las esferas se mueven a la vez, en silencio. Desde todos los puntos del llano se dirigen hacia la ciudad. Van todas vestidas igual. Pantalones negros ensanchados por abajo, estrechos a la altura de la pelvis y túnicas blancas ajustadas al busto. Van descalzas o llevan ligeras sandalias. Muchas de ellas marchan cantando con voz muy aguda largas frases, moduladas interminablemente, por ejemplo, gritad, en otra parte existen oros más celestes / las avispas de las balas no son para mí.

Ahí están Elsa Brauer Julie Brunèle Odile Roques Evelyne Sabir. Están de pie ante la gran asamblea de mujeres. Elsa

Brauer toca los platillos cuando cesa de hablar, mientras que Julie Brunèle, Odile Roques, Evelyne Sabir hacen redoblar largamente sus tambores para acompañarla. Elsa Brauer dice algo como, hubo un tiempo en que no fuiste esclava, acuérdate. Tú te vas sola, riendo, te bañas el vientre desnudo. Dices que has perdido la memoria, acuérdate. Las rosas silvestres florecen en los bosques. Tu mano se araña en los zarzales para coger las moras y las frambuesas con que te refrescas. Corres para cazar las liebres jóvenes que despellejas con las piedras de los acantilados para despiezarlas y comerlas calientes y sangrantes. Tú sabes cómo evitar al oso en las pistas. Conoces el miedo cuando en invierno oyes reunirse los lobos. Pero puedes permanecer sentada en la copa de los árboles para esperar el amanecer. ~~Dices que no hay palabras para describir esta época, dices que no existe.~~ Pero acuérdate. Haz un esfuerzo para acordarte. O, si no puedes, inventa.

Hablan a la vez del peligro que han representado para el poder, explican cómo fueron quemadas en hogueras para impedir que en el futuro se reunieran. Pudieron gobernar las tempestades, hundir flotas enteras, destrozarse ejércitos. Fueron dueñas de los peces, de los vientos, de las voluntades. Pudieron a su antojo ejercer su poder y transferir toda clase de personalidades a simples animales, ocas, cerdos, pájaros, tortugas. Mandaron sobre la vida y la muerte. Su poder conjugado amenazó a las jerarquías, los sistemas de gobierno, las autoridades. Su saber rivalizó con éxito con el saber oficial al que no tuvieron acceso, lo desafió,

le cogió en falta, le amenazó, lo demostró ineficaz. Ninguna policía fue bastante poderosa para atraparlas, ninguna delación bastante oportunista, ningún suplicio bastante brutal, ningún ejército bastante desproporcionado para atacarlas una por una y destruirlas. Entonces entonan el célebre canto que empieza por, a pesar de todos los males que me quieren hacer sufrir / permanezco tan sólida como el hornillo de tres pies.

La disposición serial continúa al mismo tiempo que el ciclo concluyente. Pero es decir demasiado o demasiado poco. Dicen que, para hacer un ciclo, es necesaria una serie de acciones explosivas o de acontecimientos extraordinarios y funestos. Charlotte Bernard dice que a ellas no les concierne. Emmanuelle Chartre dice que no tiene objeto maravillarse ante esta especie de ciclo. Marie Serge dice que el ciclo puede referirse a mitologías y no mencionar actos que tengan cierta apariencia de realidad. Flaminie Pougens dice que para que ellas estén totalmente implicadas deben ser inventadas. Entonces ríen y caen de espaldas a fuerza de reír. Todas han sido convencidas. Surge un ruido como el del redoblar de tambores en una bóveda. Los ladrillos del techo caen uno a uno, descubriendo por sus aberturas los dorados artesonados de las salas altas. Las piedras de los mosaicos saltan, se precipitan las masas de cristal, se producen destellos azules rojos naranja y malva. Continúan riendo. Recogen los ladrillos y los usan a modo de proyectiles, bombardean las estatuas que permanecían en pie en medio del desorden. Se dedican a derribar las últimas

NU-JUAN BAHISSAT VLADIA
ÉMILIE MÉROPE DOMITIA
ANNABEL SELMA MUMTAZ
NUR-JAMAN OUADA ATHIS
ARIANE LÉONTINE CAROLE
GURINNO GONGYLA ARIGNOTA

piedras. Hay un tremendo choque piedra contra piedra. Evacúan a las que de entre ellas han sido heridas. La sistemática destrucción del edificio concluye entre el clamor de gritos de socorro, mientras que la risa se prolonga, se hace palpable, se convierte en total. No se acaba hasta que el edificio queda reducido a escombros. Entonces se acuestan y se duermen.

En la Historia de Hélène Fourcade, Trieu dispuso sus tropas al alba. Permanece inmóvil, sobre su elefante blanco. Una a una las capitanas van a saludarla. Le tienden sus manos desnudas, palmas abiertas hacia el cielo en signo de lealtad. Luego desfila cada uno de los ejércitos, mirando hacia la inmóvil Trieu. Las últimas unidades efectúan un movimiento de rotación sobre sí mismas. Los vestidos de las combatientes son azules, sin adornos. Trieu viste de rojo. Una vez paradas, depuestas las armas a sus pies, Trieu retira la banda de seda que cubre su cabeza. Sus negros cabellos se desparraman y caen con brusquedad sobre sus hombros. Entonces las combatientes profieren un gran grito entonando el canto, que se pudran los arrozales / para quien los invada / día y noche / combatiremos sin tregua. Gritan que es lo mismo perecer que vivir en la esclavitud. En este momento Trieu entra en acción, y se pone al frente de un destacamento.

Dicen que saltan como potros a orillas del Eurotas. Al golpear la tierra aceleran su movimiento. Agitan sus cabellos como las bacantes que gustan de hacer mover sus tirsos. Dicen, con mano rápida, recoged vuestros cabellos flotantes y golpead la tierra. Golpeadla cual cierva, marcad al mismo tiempo el ritmo necesario para la danza, adorad a la belicosa Minerva, la guerrera, la más valiente entre las diosas. Empezad a bailar, avanzad con pie ligero, girad en redondo, cogeos de la mano y que cada una siga el ritmo de la danza. Moveros hacia delante con ligereza. El círculo de bailarinas debe dar una vuelta completa y dirigir su mirada a todas partes.

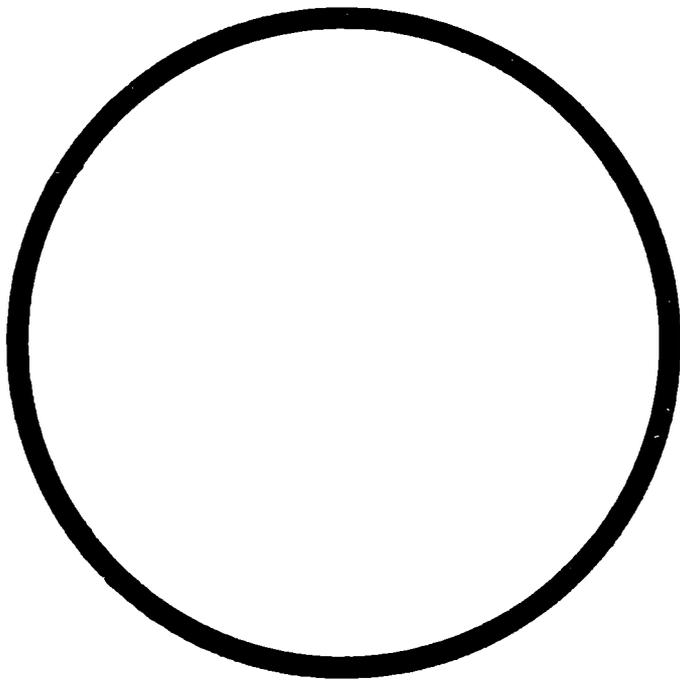
Dicen que cultivan el desorden bajo todas sus formas. La confusión los disturbios las discusiones violentas los desórdenes los trastornos la discordia las incoherencias las irregularidades las divergencias las complicaciones los desacuerdos las desavenencias las colisiones las polémicas los debates las disputas las riñas los altercados los conflictos las desbandadas las catástrofes los cataclismos las perturbaciones las querellas las agitaciones las turbulencias las deflagraciones el caos la anarquía.

Dicen que son tácticas y estratégicas. Dicen que los ejércitos masivos formados por divisiones por cuerpos por regimientos por secciones por compañías, son inoperantes. Sus ejercicios consisten en maniobras marchas guardias patrullas. No dan ninguna noción práctica del combate. Dicen que no preparan para el combate. Dicen que en estos ejércitos no se aprende el manejo de las armas de una manera eficaz. Dicen que estos ejércitos son instituciones. Se habla de sus cuarteles de sus puestos de sus guarniciones. Se habla de sus métodos de su genio de su artillería de su infantería de su estado mayor. En este contexto la estrategia consiste en hacer planes de campaña, táctica de operaciones de avance o de retirada. La estrategia se convierte en táctica, ya que ambas se prevén a corto plazo. Dicen que según esta concepción de la guerra los ejércitos se desplazan con dificultad, los efectivos no pueden adaptarse a todas las situaciones, la mayor parte de las veces se combate en terreno desconocido. Dicen que la audacia no es lo que los caracteriza. Dicen que no pueden combatir con precisión, retroceden o avanzan según planes a los que escapa la táctica y la estrategia. Dicen que estos ejércitos no son temibles, por ser sus efectivos reclutados, con lo que su participación no es voluntaria.

Las armas que les interesan son portátiles. Están formadas por lanza-cohetes que llevan en la espalda. La espalda sirve de punto de apoyo para disparar. Se puede correr y desplazarse con extrema rapidez sin perder su poder de fuego. Hay toda clase de fusiles. Ametralladoras y lanza-

cohetes. Trampas en fosos provistas de tenazas las entradas las habitaciones tapizadas de series de cuchillas de cortantes bambúes plantadas como estacas. Sus movimientos son golpes de mano emboscadas ataques imprevistos seguidos de una rápida retirada. Su objetivo no es ganar terreno sino destruir al máximo al adversario aniquilar sus armamentos obligarle a moverse a ciegas no dejarle nunca iniciativas hostigarlo sin cesar. Siguiendo esta táctica poner un adversario fuera de combate sin matarlo, es inmovilizar a muchas personas, la que está herida y las que la socorren, es sembrar el desorden con todas las garantías.

Dicen que, mientras el mundo está lleno de ruido, las ven apoderarse ya de las ciudades industriales. Están en las fábricas en los aeropuertos en las emisoras de radio. Controlan las comunicaciones. Dominan las fábricas aeronáuticas balísticas informáticas. Están en las fundiciones los altos hornos los astilleros los arsenales las refinerías las destilerías. Se han apoderado de bombas prensas alzaprimas laminadoras tornos poleas grúas turbinas martillos pilones arcos cánulas. Dicen que las ven desplazarse con vigor y felicidad. Dicen que las oyen gritar y cantar, el sol puede brillar / el mundo nos pertenece.



Mirad este patizambo que esconde como puede sus pantorrillas. Mirad su marcha tímida y sin audacia. En sus ciudades es fácil emprender acciones violentas contra él. Lo acecháis desde una esquina por la noche. Cree que le llamáis. Aprovecháis para atacarle por sorpresa, no tiene ni el reflejo de gritar. Emboscadas en sus ciudades le dais caza, os apoderáis de él, lo capturáis, lo sorprendéis gritando con todas vuestras fuerzas.

Dicen que no podrían comer liebre ternera o pájaro, dicen que no podrían comer animales, pero que hombres sí, pueden hacerlo. Les dice irguiendo la cabeza con orgullo, pobres desgraciadas, si se lo comen, ¿quién irá a trabajar los campos, quién producirá los alimentos, los bienes de consumo, quién construirá aviones, quién los pilotará, quién suministrará espermatozoides, quién escribirá libros, quién gobernará? Entonces ríen tanto como pueden descubriendo sus dientes.

Se pone a llorar. Dice que no, que no podrían comer león perro puma cordero jirafa ratón coccinela mirlo pepitoria. Dicen, mirad a este patizambo que esconde como puede sus pantorrillas. Dicen que es una presa ideal. Dicen que necesitan comer para vivir. Insiste aún diciendo que el hom-

bre está desprovisto de colmillos de garras de trompa de piernas para correr. Insiste diciendo ¿por qué atacar a un ser indefenso?

Dicen que la mayoría están acostados. No todos están muertos. Duermen. Dicen que saltan como potros a orillas del Eurotas. Al golpear la tierra aceleran su movimiento. Agitan sus cabellos como las bacantes que gustan de hacer mover sus tirsos. Dicen, con mano rápida recoged vuestros cabellos flotantes y golpead la tierra. Golpeadla cual cierva, marcad al mismo tiempo el ritmo necesario para la danza, adorad a la belicosa Minerva, la guerrera, la más valiente entre las diosas. Empezad a bailar, a danzar con pie ligero, girad en redondo, cogeos de la mano y que cada una siga el ritmo de la danza. Moveos hacia delante con ligereza. El círculo de bailarinas debe dar una vuelta completa y dirigir su mirada a todas partes. Dicen, están muy equivocados si creen que yo, mujer, hablaré con violencia contra los hombres. Pero como si fuera una cosa totalmente nueva, es necesario empezar la danza en círculo golpeando con ritmo el pie contra el suelo. Dicen, levantaos lentamente dos veces aplaudiendo. Golpeemos la tierra con ritmo ¡oh, mujeres! Ahora girad hacia el otro lado y que el pie vuelva a empezar con cadencia.

Hacen movimientos de lucha, acercándose y retrocediendo, bailando con las manos y los pies. Algunas tienen pértigas de bambú tallos de sorgo palos de madera y los más largos representan lanzas y enormes alabardas y los cortos espadas de doble filo o simples sables. Separándose por puertas y caminos, se atropellan con impetuosidad. Su violencia es extrema. Se golpean con bravura. Nadie puede frenarlas. Cada vez que se hacen estos ejercicios hay que reunir varias decenas de ellas para que puedan jugar así juntas.

Están en las murallas, el rostro cubierto de unos polvos brillantes. Se las ve por todo el derredor de la ciudad, juntas, cantando una especie de canto de luto. Los asaltantes están cerca de los muros, indecisos. Entonces, a una señal, profiriendo un terrible grito, desgarran de un golpe el peto de sus vestidos, descubriendo sus desnudos senos, brillantes. Los enemigos deliberan acerca de lo que de una manera unánime denominan un gesto de sumisión. Envían embajadores para tratar de la apertura de las puertas. Estos, en número de tres, caen al suelo alcanzados por las piedras cuando se ponen a su alcance. El ejército entero se apelotona contra los muros con los arietes los lanzallamas los cañones las escaleras con garfios. Se produce un enorme tumulto. Los asaltantes profieren gritos de cólera. Ellas, modulando sus voces en estridencias que exasperan los oídos, con flechas, con piedras, con la piel candente, una a una, defienden el asalto, sin moverse de su sitio a

menos que sea para ayudar a una de sus compañeras o para sustituir a una muerta. En el interior, van y vienen largas procesiones, unas traen la pez, otras el agua para apagar los incendios. Se ve a las combatientes en los muros, cantando sin parar, sus grandes bocas abiertas sobre los blancos dientes. En sus rostros ennegrecidos, las mejillas todavía resplandecen. Algunas ríen con fuerza y avanzando sus desnudos senos, en un movimiento brutal, manifiestan su agresividad.

Dicen, te han mantenido a distancia, te han sustentado, te han erigido, constituido en una diferencia esencial. Dicen, te han adorado como a una diosa, o bien te han quemado en sus hogueras, o bien te han relegado a su servicio en sus corrales. Dicen, al mismo tiempo que hacían esto, siempre te han arrastrado por el fango en sus discursos. Dicen, te han poseído violado tomado sometido humillado hasta la saciedad en sus discursos. Dicen que, cosa extraña, lo que en sus discursos han erigido como una diferencia esencial, son variantes biológicas. Dicen, te han descrito como han descrito las razas que han llamado inferiores. Dicen, sí, son los mismos opresores dominantes, los mismos dueños que dijeron que los negros y las hembras no tienen el corazón el bazo el hígado en el mismo lugar que ellos, que la diferencia de sexo, la diferencia de color significan inferioridad, derecho al dominio y a la apropiación. Dicen, sí, son los mismos opresores dominantes que han descrito a los negros y a las hembras como universalmente engañosos hipócritas tramposos mentirosos superficial-

OEDIPA PERNETTE M E R C Y
GERMAINE DAPHNÉ CYNTHIA
SHIRLEY NIOBÉ HARRIET
ROXANE CAROLINE H U L D A
D A I S Y PRAHOMIRA MANYÉ
FLORENCE S H A D T A R ASTA

les glotones pusilánimes, de pensamiento intuitivo e ilógico, en los que predomina ante todo la naturaleza etcétera. Dicen, sí, son los mismos opresores dominantes que duermen acostados en sus cofres para proteger su dinero y que tiemblan de miedo cuando llega la noche.

Cabalgan en sus caballos retozones, siempre encabritados. Se lanzan sin orden al encuentro del ejército enemigo. Han pintado sus rostros y sus piernas de vivos colores. Los gritos que lanzan son tan terribles que muchos de sus adversarios abandonan sus armas, huyendo y tapándose los oídos. Están en las crestas que dominan el paso. En esta posición estratégica que tiene todas las ventajas avanzan los arcos y arrojan miles de flechas. Entonces se rompe el orden del ejército. Todo el mundo corre en la mayor confusión, algunos se dirigen hacia la salida del paso, otros intentan volver sobre sus pasos. Se atropellan y golpean en su huida, tropiezan con los cuerpos de los heridos y de los muertos. Ya no se oye ninguna orden. Se perciben los gritos de desespero de pánico los aullidos de dolor. Muchos abandonan sus espadas que impiden su carrera. Algunos trepan hacia las colinas dando señales de que se rinden, pero también son abatidos. Cuando el fondo del valle se ha convertido en un osario, ágitan sus arcos por encima de sus cabezas, lanzan gritos de victoria, entonan un canto fúnebre en el que se oyen estas palabras, buitres de calva cabeza / hermano de los muertos / buitre ejerce tu oficio / con estos cadáveres que te ofrezco / recibe también este voto / que nunca mis flechas alcancen tus ojos.

Las Ofidianas las Odonatas las Oogonas las Odoacras las Olimtianas las Oolitas las Omfalias las de Ormur las de Orfisa las Orianas unidas, han pasado al ataque. Los convoyes que las siguen llevan las armas los alimentos los vestidos. Se desplazan por la noche, volviendo al ejército al despuntar el día, cuando se retiran después de haber librado una batalla. Su arma más temible es el ospah. Lo llevan sobre sus cabezas haciéndolo girar a toda velocidad con el brazo derecho como si fuera un lazo proyectado hacia delante o como la correhuela de cuero provista de bolos que se lanza en torno a las patas de los caballos salvajes para derribarlos. El ospah es invisible hasta que entra en acción. Cuando se utiliza en el curso de una batalla se materializa en un círculo verde que crepita exhalando olores. Así crean con el ospah, haciéndolo girar a toda velocidad en una dirección determinada, un campo mortal. Ningún rayo, ningún relámpago, ninguna fulguración se ve salir del ospah. La coalición de las O está formada por encarnizadas combatientes llenas de valor audaces curtidas, que no retroceden.

Las niñas han dejado sus fusiles. Se dirigen hacia el mar y se bañan, el sudor resbala a lo largo de su cuello, bajo

sus axilas, por su espalda. O, tumbadas al sol, hablan ruidosamente. Algunas que no pueden estar quietas saltan por la arena y se empujan. Una de ellas, desnuda, las trenzas por encima de los hombros, de pie ante un grupo, recita de un tirón ¿verdaderamente la cosa más bella en la sombría tierra es un grupo de caballeros cuyos caballos van al trote o una tropa de infantes pisando la tierra? ¿Es ciertamente lo más bello una escuadra de navíos flanco a flanco? Anactoria Kypris Savé tienen un garbo una gracia un esplendor en su rostro que son más agradables de ver que todos los carros de los lidios y sus guerreros yendo a la carga dentro de sus armaduras. Entonces aplauden.

Dicen, tú eres realmente esclava si alguna vez existieron. Han hecho de lo que los diferencia de ti el signo de la dominación y de la posesión. Dicen, jamás serás bastante numerosa para escupir en el falo, jamás bastante determinada para dejar de hablar su lenguaje, para quemar su moneda de cambio sus efigies sus obras de arte sus símbolos. Dicen, lo han previsto todo, han bautizado de antemano tu revolución con el nombre de revolución de esclava, revolución contra natura, la llaman revolución por la que tú quieres apoderarte de lo que les pertenece, el falo. Dicen, en lo sucesivo rehúso hablar tu lenguaje, rehúso musitar la palabra falta falta de pene falta de dinero falta de signo falta de nombre. Rehúso pronunciar las palabras posesión y no posesión. Dicen, si me apodero del mundo, que sea para

VINCENTE CLOTILDE NICOLE
SUKAINA XU-HOU ANACHORA
OLYMPE DELPHINE LUCRÈCE
ROLANDE VIOLE BERNARDA
PHUONG PLANCINE CLORINDE
BAO-SI PULCHÉRIE AUGUSTA

desposeerme de él en seguida, que sea para crear nuevas relaciones entre yo y el mundo.

Avanzan unās al lado de las otras en un orden de progresión geométrica. El espacio de varios metros existente entre ellas no es visible desde lejos. La primera línea que avanza cubre la longitud del llano. Los altos inmuebles se hunden como juegos de cartas a su paso desprendiendo un espeso polvo sobre el que andan. La segunda fila de combatientes avanza a unos cien metros de la primera, cubriendo como ésta la longitud del llano. Le sigue otra fila a la misma distancia, otra todavía, hasta que ya no se pueden distinguir sus siluetas que se confunden en el horizonte. Hasta donde alcanza la vista ninguna casa permanece en pie. Las combatientes llevan con ambas manos una pequeña esfera cuya parte en forma de cráter se dirige ante ellas a la altura de sus cinturas. Sobre cualquier obstáculo que se presente en su avance proyectan un haz de rayos convergentes cuyo punto de impacto se manifiesta por una luminosidad cegadora, un breve destello que hace que cualquier objeto que se encuentre en el campo de los rayos quede instantáneamente destruido. Llevan uniformes de una sola pieza, hechos de una especie de metal. Sus rostros, que las esferas de rayos iluminan intermitentemente, parecen enormes cabezas de insectos con antenas y ojos pedunculados.

Esperan a las mensajeras en el umbral de sus puertas, con la sonrisa en los labios. Se han soltado los cabellos, se han vestido con uniformes guerreros que dejan el cuerpo libre de movimientos. En el interior de las casas han derramado el agua de las vasijas y de la ropa sucia. Una de ellas de pie en medio de la plaza da vueltas lentamente sobre sí misma los brazos en cruz, diciendo, los días de verano son brillantes pero todavía es más brillante el destino de la muchacha. El hierro hundido en el hielo es frío pero todavía es más frío el destino de la mujer que ha contraído matrimonio. La muchacha está en la casa de su madre como la simiente en la tierra fecunda. La mujer está bajo el techo de su marido como el perro en las cadenas. Raramente la esclava prueba la dulzura del amor, la mujer jamás.

Hacen revivir a los que han construido su celebridad sobre su ruina exaltando su esclavitud ya en sus escritos en sus leyes o en sus actos. Para ellos están preparadas las máquinas de estirar hileras las máquinas de torcer las de hilar. Taponan sus oídos con cera para no oír sus gritos discordantes. Cuando los han bañado en agua mezclada con ácidos cuando los han hilado estirado torcido y golpeado tratan su piel según la técnica habitual de zurramiento o los ponen a secar al sol sin ningún cuidado o los exponen con etiquetas que recuerdan los nombres de sus antiguos propietarios o que recuerdan sus fórmulas más sorprendentes. Es motivo de risas incesantes. Siempre ponen en duda

la atribución de tal fórmula o de tal nombre a tal piel que consideran demasiado vieja para la fórmula desde el punto de vista de la cronología o por el contrario demasiado reciente.

Dicen, maldición, por medio del engaño te ha expulsado del paraíso de la tierra, reptando se te ha insinuado, te ha arrebatado la pasión de conocer de la que está escrito que tiene las alas del águila los ojos del mochuelo los pies del dragón. Te ha esclavizado por medio del engaño tú que has sido grande fuerte valiente. Te ha robado tu saber, ha cerrado tu memoria acerca de lo que has sido, ha hecho de ti la que no es la que no habla la que no posee la que no escribe, ha hecho de ti una criatura vil y decepcionada. Te ha amordazado violado engañado. Por medio de estratagemas ha cerrado tu entendimiento, ha tejido a tu alrededor un largo texto de derrotas que ha determinado necesarias para tu bienestar, para tu naturaleza. Ha inventado tu historia. Pero se acerca el día en que tú aplastarás la serpiente bajo tu pie, se acerca el día en que tú podrás gritar, erguida, llena de ardor y de coraje, el paraíso está a la sombra de las espadas.

Canoas monociclas, emboscadas detrás de las rocas, atacan a los extranjeros barbudos, cuando desembarcan. Hacen re-

RAYMONDE ATALA ENRICA
CALAMITÉ AMANDE COSIMA
GARANCE RÉGINE NÛ-TIAO
GELSOMINA SHOGUN ALICE
OLUMÉAIŦ GYPTIS NÛ-TIAO
BENJAMINE SÉLÉNÉ CURACA

troceder sus máquinas si renuncian a su proyecto, y se esconden lo mejor que pueden. Se relevan tantas veces como es necesario para no reducir la velocidad de su propulsión, accionan sus canoas con la ayuda de unas manivelas. Una de las manivelas se encuentra a proa de la canoa, accionando la marcha atrás, la otra en la popa, acciona la marcha avante. Un violento remolino de agua removida sobresale por debajo de la canoa. Las salpicaduras forman trazos blancos de sal en los desnudos pechos, del color del cobre. Permanecen escondidas mientras los extranjeros están apartados de la costa. Avanzan al descubierto si intentan acercarse y los reciben con una nube de flechas.

Bromean sobre lo que se ha convenido en llamar la elección de los esposos. Una de ellas cita a Gyptis que para este procedimiento presentó una copa al solitario Euxène. Otra habla de Draupadi que tomó cinco esposos. Del primero se dice que Draupadi lo comparó a la pupila de sus ojos, del segundo que lo comparó a la luz de su vida, del tercero que lo comparó a los tesoros de su casa, del cuarto que lo comparó a una joven acacia, del quinto que le gustaba llamarlo el escudo de sus fuerzas. Alguna evoca las Sármatas, las amazonas, las arqueras, las lanzadoras de jabalina que sólo tomaban esposo cuando habían matado por lo menos tres enemigos. Otra nombra las que recibieron el día de su boda caballos equipados con escudos lanzas y espadas. Una de ellas se levanta honrando a las de Lemnos que mataron a sus esposos y se adueñaron de la

isla. Entonces una se pone a cantar respecto a vosotras, hermosas mías, mi opinión no cambiará jamás.

Dicen, desgraciada, te han expulsado del mundo de los signos, y no obstante te han dado nombre, te han llamado esclava, a ti, desgraciada esclava. Como dueños han ejercido su derecho de dueños. Escriben sobre este derecho de dar nombres que llega hasta el extremo de que se puede considerar el origen del lenguaje como un acto de autoridad que emana de los que dominan. De esta forma dicen que han dicho, esto es tal o tal cosa, han unido a un objeto y a un hecho tal vocablo y por esto por así decirlo se los han apropiado. Dicen, al mismo tiempo, han gritado vociferando con todas sus fuerzas para reducirte al silencio. Dicen, el lenguaje que tú hablas envenena la glotis la lengua el paladar los labios. Dicen el lenguaje que tú hablas está hecho de signos que propiamente hablando designan las cosas de las que se han apropiado. Lo que no aparece en el lenguaje que hablas es lo que no han podido arrebatarte, lo que no han fundido como rapaces de múltiples ojos. Esto se manifiesta precisamente en el intervalo que los dueños no han podido llenar con sus palabras de propietarios y de poseedores. Esto puede buscarse en la laguna, en todo lo que no es la continuidad en sus discursos, en el cero, el O, el círculo perfecto que tú inventas para apresarlos y vencerlos.

Una de ellas cuenta la historia de Vlasta. Explica cómo por el impulso de Vlasta se creó el primer estado de mujeres. Veintenas de miles de muchachas de Bohemia se reunieron, en Moldavia, con Vlasta y sus tropas. En lo alto de los montes se distinguen las fortalezas cárpatas con sus muros de gruesas areniscas. En sus patios después de los ejercicios de armas, congregadas, componen cantos e inventan juegos. Una de ellas recuerda que en el Estado de las mujeres los hombres sólo han sido tolerados para las tareas serviles y que les ha sido prohibido bajo pena de muerte llevar armas o montar a caballo. A los embajadores de Bohemia que han venido encolerizados para obligarlas a someterse les hacen burla y les dejan con un palmo de narices y los despiden castrados. Más tarde derrotan a numerosas tropas y entran en una larga guerra en el curso de la cual las guerreras de Vlasta han enseñado el manejo de las armas a todas las campesinas que se les han unido.

Dicen, vivos o muertos, ya no ostentan el poder. Están sentadas en círculo. Algunas han desabrochado sus túnicas a causa del calor. Sus pechos tocan sus rodillas. Sus cabellos torcidos en innumerables mechones. Dicen que han enseñado las rápidas corredoras, las portadoras de noticias. Esperando su llegada cantan, sentadas en grupos o agachadas sobre sus talones, cantos anacíclicos como, si los

DÉMÉTER CASSIA POPÉE
TAISI FATIMA O P A L E
LEONORE EMMANUELLE
BO-JI SHIRIN AGATHE
KEM - PHET MELISANDE
IRÈNE LEOKADIA LAURE

esclavos / contra su voluntad se agotan / de pie injurian-
do / a dueños odiosos / mueren sin / abandonar sus ar-
mas / demasiado ardientes en el combate / para huir
y esconderse.

Dicen, vil, vil criatura, para quien la procesión equivale a a la felicidad, sagrado ganado que va a la par con las riquezas, el poder, el ocio. En efecto, ¿no ha escrito el poder y la posesión de las mujeres, el descanso y el disfrutar de las mujeres? Ha escrito que eres moneda de cambio, que eres signo de cambio. Ha escrito, trueque, trueque, trueque, posesión adquisición de mujeres y mercancías. Más te vale contar tus tripas al sol y agonizar, herida de muerte, que vivir una vida de la que cualquiera puede apropiarse. ¿Qué te pertenece en esta tierra? Sólo la muerte. Ninguna fuerza en este mundo puede arrebatártela. Y —razona explícate aclárate— si la felicidad es la posesión de alguna cosa, entonces tiende hacia esta felicidad soberana —morir.

Dicen que cantan con una furia tan perfecta que el movimiento que las lleva es irreversible. Dicen que la opresión engendra el odio. Por todas partes se las oye gritar odio odio.

VOLUMNIE YAO SHAGHAB
OPPIENNE LUCIE AUDE
HEDVIGE LÉONE AGNÈS
TAMARA FRANCE AHON
SORANA RUZENA SALLY
SU-YEN KIUNG TERESA

Amenazan atacan desprecian los injurian les silban les escupen en la cara los escarnecen los provocan los ultrajan los apostrofan los maltratan los golpean les hablan crudamente los execran los maldicen. Están poseídas por un furor tan perfecto que hierven tiemblan se sofocan les rechinan los dientes sacan espuma bullen despiden fuego y llamas saltan vomitan se descontrolan. Entonces los intiman los amonestan les acercan cuchillos al cuello los intimidan les enseñan el puño los fustigan les pegan les dan parte de todos sus agravios en el más absoluto desorden lanzan aquí y allá la tea de la discordia provocan disensiones entre ellos los dividen fomentan disturbios revoluciones guerras civiles y los tratan como enemigos. Su violencia está desencadenada están en el paroxismo de su furor, transformadas por su entusiasmo devastador las miradas feroces los cabellos erizados, cerrando los puños enrojeciendo echándose por el suelo riendo pegando rabiosamente alguien dice que son hembras que parecen mujeres cuando están muertas.

Grandes cuchillas cuyo filo es comparable al de las navajas de afeitar están dispuestas en tresbolillo paralelamente al suelo a diversas alturas sobre todo el campo. Cuando se llega de cara a ellas, parecen como una serie de parapetos rotos. De noche son invisibles. Centinelas vigi-

lan detrás de las guadañas para que ningún asaltante pueda descubrir el dispositivo. Las otras duermen a pesar de los tiros, a pesar de los gritos de dolor y de sorpresa de las víctimas que se oyen constantemente y en lugares diferentes. Por la mañana unos equipos relevan a los centinelas y recogen en grandes cestos los trozos de los cuerpos seccionados por las cuchillas. Pueden encontrarse cabezas bustos piernas una a una o unidas a la pelvis un brazo, según la altura en que los asaltantes han tropezado con las guadañas. El conjunto de los cuerpos es enterrado en una gran fosa que ellas mismas llenan y cubren con un montón de tierra. Entonces clavan sus banderas en gran número, algunas siembran flores. De pie entonan un canto de luto para los que han muerto en el combate.

Se dice del ejército de Sporphyre que avanza como Koo, soberbia, feroz, cabalgando sobre un tigre, de hermosa cara. Dicen del ejército de Wou que siempre está en pie de guerra como Sseu-Kouan la de las once cabezas, la de múltiples brazos, con un ojo en cada una de sus palmas. Las de Perségamo van en grupos, sembrando el desorden y la confusión, desencadenando a su alrededor el deseo del orgasmo como Obel la de cabeza de gato. Dicen que algunas se infiltran en las tropas enemigas, pintado el cuerpo, azules y amarillas, sembradoras de derrotas, como las crueles Seumes. De Apona, las amazonas aprendieron a mantenerse firmes sobre sus caballos y el cuidado de los campamentos. Las de Gathma se consideran aptas para

destruir a los enemigos como Segma de cabeza de leona, la bien llamada, la poderosa, la bebedora de sangre.

Dicen que poseen la fuerza del león el odio del tigre la astucia del zorro la paciencia del gato la perseverancia del caballo la tenacidad del chacal. Dicen, yo seré la venganza universal. Dicen, seré la Atila de estos feroces déspotas, causa de nuestras lágrimas y nuestros sufrimientos. Dicen, y cuando por suerte todas querrán ser mis aliadas, cada una será Nerón y también incendiará Roma. Dicen, guerra, a mí. Dicen, guerra, adelante. Dicen que una vez tengan las armas en la mano no las soltarán. Dicen que conmoverán el mundo como el rayo y el trueno.

Han calcado su arma más temida del espejo metálico que las diosas del sol presentan a la luz, avanzando por el atrio de los templos. Han utilizado su forma y su propiedad de reflejar la luz. Cada una de ellas tiene un espejo en la mano. Se esconden detrás de las duras hierbas de la sabana. Utilizan los rayos del sol para comunicarse entre ellas. Cuando funciona como un arma, el espejo proyecta rayos mortales. Se apostan al borde de los caminos que atraviesan los bosques, el arma alzada, matando a todos los que pasan, ya sean animales o humanos. No mueren

THÉOPHANO · C E Z A O L G A
VIRGILIE P O R C I A X U - H O U
A B A N C L É M E N T I N E A B R A
H O D E M A R T H E J A C I N T H E
M A G G I E U R I A D O R O T H É E
A G R I P P I N E D I R C É N E L L

en seguida. Entonces de un salto se colocan al lado de su presa, dan la señal, e inmediatamente acuden las otras, se ponen a bailar gritando, balanceándose hacia delante y hacia atrás, mientras su víctima se retuerce en el suelo, agitada por espasmos y gimiendo.

A quien les pregunta el significado de la sigla L C D B, responden, no comprenderíais de qué se trata. L C D B, dicen, podéis indagar ya que tenéis la primera letra de cada palabra. Dicen, esto no significa nada para vosotros, incluso escrito con todas sus letras. L C D B. Dicen, si os lo traduzco, por La Conjuración De Balkis, ¿qué entendéis por esto? Dicen que las revoluciones han aumentado en extensión y en fuerza. Dicen que dada su multiplicación, ya no se debe utilizar la sigla en singular. Dicen que ya no se pueden contar las conjuraciones de Balkis. Dicen que las conjuradas, al encontrarse, hacen el signo del círculo acercando sus índices y sus pulgares, que redondean con esta unión. Si las conjuradas vuelven su palma hacia el exterior para hacer la señal del círculo, los pulgares unidos hacia abajo, los índices hacia arriba, es que las noticias son buenas, que la guerra progresa con éxito. Si por el contrario enseñan el dorso de la mano, los índices hacia abajo, los pulgares en alto, es que han sufrido derrotas en alguna parte.

Gritan y corren hacia los muchachos con los brazos llenos de flores que les ofrecen diciendo, a fin de que todo esto tenga un sentido. Algunas, arrancando cantidades de cabezas a sus flores dispuestas en ramilletes, las arrojan contra sus mejillas. Ellos mueven sus cabellos y ríen, aproximándose y alejándose de ellas. Algunos huyen y se dejan caer al suelo, dulcemente, los ojos cerrados, las manos tendidas. Otros están completamente cubiertos por los manojos de flores que les han arrojado. Hay rosas tulipanes peonías altramuces adormideras dragones asters acinos lirios euforbios dientes de león campanillas. La arena está cubierta de pétalos y de fragmentos de corolas que forman manchas blancas rojas azul prusia azul pastel azul ultramar amarillas y violetas. Algunos dicen que están ebrios. Se les ve revolcarse entre los inmensos ramos de gavillas deshechas las coronas desbaratadas. Cogen las flores a puñados, las aplican contra sus párpados contra sus bocas abiertas, y ronronean dulcemente.

Una cuenta una vieja historia. Por ejemplo cómo Thomar Li la muchacha de senos erectos fue sorprendida con el bello Hédon. Hablan del castigo de que fueron víctimas. Dicen que se los imaginan, atados uno al otro, los miembros unidos, muñeca contra muñeca, los tobillos clavados

a los tobillos. Dicen que se los imaginan cuando fueron arrojados al río, sin proferir un solo grito de súplica. Dicen, victoria victoria. Dicen cómo les agrada su contacto, cómo sus miembros se relajan y se suavizan, cómo sus músculos excitados por el placer se vuelven flexibles y ligeros, cómo en esta desgraciada posición, prometidos a la muerte sus cuerpos liberados y llenos de dulzura empiezan a flotar, cómo el agua tibia, agradable al tacto, los lleva hasta una playa de fina arena, donde se duermen de fatiga.

Los muchachos se han unido a ellas para enterrar a los muertos. Primero se han cavado inmensas fosas comunes. Los cadáveres están alineados unos al lado de los otros, con un círculo en la frente dibujado en tinta negra. Sus rígidos brazos ligados al cuerpo. Atados sus pies. Todos los cuerpos han sido momificados y tratados cuidadosamente para una larga conservación. Las fosas no se recubren de tierra. Hay unas losas destinadas a cerrarlas según un dispositivo que permite abrirlas en cualquier momento. Están de pie al borde las fosas, a su lado los que se han unido a ellas, vistiendo como ellas el uniforme de paz, un pantalón negro ensanchado por abajo y una túnica blanca que ciñe el busto. En un momento dado interrumpen sus discursos y, volviéndose hacia los muchachos, les cogen de la mano. Entonces permanecen así en silencio, cogidos de la mano, mirando las fosas abiertas.

OMPHALE CORINNE ELFREDA
LU-HOU MEI-FEI VICVAVARA
QI-JI VIJAYA BHATITARIKA
LUDGARDE GERTRUDE DIANE
ROGNEDE MALAN CLÉOPÂTRE
AMÉRIZ BETHSABÉE CLAUDE

Dicen que el acontecimiento es memorable aunque preparado desde hacía mucho tiempo y mencionado de diversas maneras por los historiadores los escritores los poetas. Dicen que la guerra es cosa de mujeres. Dicen, ¿acaso no es divertido? Dicen que les han escupido en los talones, que les han cortado las cañas de sus botas. Dicen que, con todo, aunque la risa sea propia del hombre, quieren aprender a reír. Dicen que, sí en lo sucesivo están preparadas. Dicen que las tetas que las curvas pestañas que las caderas lisas o redondeadas, dicen que los vientres prominentes o hundidos, dicen que las vulvas ya están en movimiento. Dicen que inventan una nueva dinámica. Dicen que dejan sus sábanas. Dicen que salen de sus camas. Dicen que abandonan los museos las vitrinas los zócalos en que han sido fijadas. Dicen que están sorprendidas de poder moverse.

Descienden de la colina con antorchas. Sus tropas avanzan día y noche. Dicen ¿a dónde llevar el fuego, qué tierra incendiar, qué crimen perpetrar? Dicen, no yo no me acostaré, no yo no descansaré mi fatigado cuerpo antes que esta tierra a la que fui tantas veces comparada, removida hasta el fondo, sea para siempre incapaz de dar fruto. Que-

man los pinos los cedros los alcornoques los olivos. El incendio se propaga rapidísimamente. Primero se oye un lejano murmullo. Luego un crepitar que va en aumento y acaba por ahogar sus voces. Entonces huyen más rápidas que el viento, llevando el fuego y la destrucción a todas partes. Sus gritos y su furor luchan con el ruido del incendio.

Dicen, eres rápida como Gurada la mensajera, de alas y patas de golondrina que ha robado al cielo la ambrosía y el fuego. Dicen, puedes como Esea robar el poder de la vida y la muerte y convertirte como ella en universal. Dicen, tú avanzas con el disco del sol sobre la cabeza, como Othar de rostro dorado que representa el amor y la muerte. Dicen, en tu cólera exhortas a Out, que domina el cielo y cuyos dedos tocan la tierra hasta reventar la bóveda celeste. Dicen, como Itaura vencida, reajustas las dos mitades de tu cuerpo, cielo y tierra, erguida vas gritando, creando monstruos a cada paso. Dicen, saltas sobre los cadáveres, los ojos inyectados en sangre, la lengua fuera, los dientes afilados, rojas las palmas de las manos, los hombros rezumando sangre, adornada con collares de cráneos, cadáveres en tus orejas, guirnaldas de serpientes alrededor de tus brazos, saltas sobre los cadáveres.

Se dirigen a los muchachos en estos términos, antaño comprendisteis que luchamos por vosotros al mismo tiempo que para nosotras. En esta guerra que también fue la vuestra tomasteis parte. Hoy, juntos, repetimos como una orden, que desaparezca en esta tierra cualquier rasgo de violencia, entonces el sol tiene el color de la miel y es agradable escuchar música. Aplauden y gritan con todas sus fuerzas. Llevan consigo sus armas. Las entierran al mismo tiempo que las de ellos diciendo, que se borre de la memoria humana la guerra más larga, más mortal que jamás conoció, la última guerra posible de la historia. Desean a las supervivientes y a los supervivientes el amor la fuerza la juventud, que firmen una alianza duradera sobre bases que no puedan ser destruidas en el futuro. Una se pone a cantar, como nosotras / los que abren la boca para hablar / mil gracias a los que han oído nuestro lenguaje / y no encontrándolo excesivo / se han unido a nosotras para transformar el mundo.

Vemos que ya no pueden tenerse en pie. Caminan doblándoseles las rodillas continuamente. Ahora algunas caen. Vemos que lloran. Vemos que sus cabellos caen a lo largo de su cuerpo. Los recogen a puñados y los echan a un lado. María Laura Hibon llora diciendo ¿dónde están mis largos cabellos, mis cabellos rubios y ondulados? Caminan arrojando sus cabellos a un lado, parece que sin fuerza para patearlos. Les siguen ancianas cojas saltando y dando pequeños chillidos, y qué significan, dicen, todos estos cabellos. Corren aquí y allá recogiendo los ovillos de pelo

HIPPOLYTE PÉTRONILLE
APAKOU ÈVE SUBHADRA
LOLA VALÉRIE AMÉLIE
ANIKO CHEN-TÉ MACHA
SÉMIRAMIS THESSA OUR
EURIDYCE SÉ CATHERINE

hasta formar enormes masas, algunas se sientan encima y ríen diciendo tantos cabellos. Otras no logran ascender al montículo de cabellos que han recogido. Caminan doblándoseles las rodillas continuamente, parece que lloran el gran terror la gran miseria. Algunas caen, no se las ve levantarse. A veces se oye un griterío, seguido de otros sonidos más débiles parecidos. El griterío crece, de golpe, es como si doscientos navíos en peligro pidieran socorro en la noche.

Dicen, infierno, que la tierra sea como un vasto infierno. Así hablan gritando y bramando. Dicen, que mis palabras sean como la tempestad el trueno el rayo que los poderosos envían desde lo alto. Dicen, que por todas partes me vean con las armas en la mano. Dicen la cólera el odio la revolución. Dicen, infierno, que la tierra sea como un vasto infierno destruyendo aniquilando incendiando los edificios de los hombres, los teatros las asambleas nacionales los museos las bibliotecas las cárceles los hospitales psiquiátricos las fábricas antiguas y modernas, de donde se sacan los esclavos. Dicen, que el recuerdo de Atila y sus hordas guerreras perezca en las memorias por su desproporcionada trascendencia. Dicen que son más bárbaras que las que más. Sus ejércitos aumentan hora a hora. Cuando se acercan a las ciudades envían delegaciones ante ellas. Juntas llevan el desorden a las grandes ciudades, haciendo prisioneros, pasando por las armas todo lo que no reconoce su fuerza.

Citan los largos versos de, somos la escoria de este mundo. El trigo, el mijo, la espelta y todos los cereales / los sembramos para los demás, en cuanto a nosotros, desgraciados / con un poco de sorgo nos hacemos el pan. / Los gallos las gallinas las ocas / se los comen los demás, mientras que nosotros, con algunas nueces / comemos nabos como los cerdos. / Somos desgraciados y desgraciados seremos. / En verdad somos la escoria de este mundo. Toman como exergo de esta cita la frase de Flora Tristan, las mujeres y el pueblo marchan cogidos de la mano.

Dicen, piénsatelo, considera esta nueva especie que busca un nuevo lenguaje. Un gran viento barre la tierra. Va a salir el sol. Todavía no cantan los pájaros. Se aclaran los colores lilas y violeta del cielo. Dicen, ¿por dónde empezarás? Dicen, las cárceles están abiertas y sirven de asilos nocturnos. Dicen que han destruido la noción de dentro y fuera, que las fábricas han derribado, cada una, una de sus paredes, que las oficinas se han instalado al aire libre en los diques, en los arrozales. Dicen, estáis muy equivocadas si creéis que yo, mujer, hablaré violentamente contra los hombres ahora que han dejado de ser mis enemigos.

Aunque caminen o estén inmóviles, sus manos siempre están separadas de sus cuerpos. A menudo, las llevan a los lados, a la altura de los hombros, lo que las asemeja a alguna figura hierática. Los dedos de la mano están separados y se mueven sin cesar. Glándulas que segregan hilo funcionan en cada una de sus extremidades. Por los numerosos orificios salen filamentos espesos apenas visibles que se mezclan y se unen. Bajo la repetida acción del juego de los dedos se crea una membrana entre ellos que parece unirlos, después los prolonga, al fin desborda la mano y descende a lo largo del brazo, se extiende, se alarga, forma como un ala a cada lado del cuerpo. Cuando se parecen a gigantescos murciélagos, de transparentes alas una de ellas se acerca y, sacando de su cintura una especie de tijeras, secciona aprisa los dos grandes paños de seda. Inmediatamente los dedos reemprenden su movimiento.

Están de espaldas a la ciudad que defienden y frente a los asaltantes que se acercan. Sus cuerpos invulnerables, protegidos por la materia ignífuga que los recubre, que ningún impacto de bala puede atravesar, esperan rígidos e inmóviles. De lejos se puede creer que son grandes espantajos erguidos cuyas vacías mangas permanecen inmóviles ante

ATHÉNAÏS ORÉA CHARLOTTE
BRUNEAUT RACHEL ELMIRE
RANAVALO ON-TA CALLIOPE
THÉOCTISTE PORPHYRE GOPA
SHÉHÉRAZADE ZUO-WEN-JUN
ENGUERRANDE BULLE MÉDÉE

el viento. Los asaltantes se acercan, sorprendidos por su inmovilidad. Los primeros son destruidos por los tiros mientras ellas lanzan gritos horribles. La segunda oleada de asaltantes retrocede, confundida. Entonces se lanzan en su persecución e intentan alcanzarlos.

Es necesario, dicen, hacer una abstracción de todos los relatos relativos a las que de entre ellas han sido vendidas golpeadas poseídas seducidas raptadas violadas y cambiadas como mercancías viles y preciosas. Dicen que es necesario hacer una abstracción de los discursos contra su pensamiento que obedecían a los códigos y a las convenciones de las culturas que las han domesticado. Dicen que es necesario quemar todos los libros y sólo conservar los que pueden proporcionarles alguna ventaja en el futuro. Dicen que no hay ninguna realidad antes de que las palabras las reglas los reglamentos le hayan dado forma. Dicen que en lo que les concierne todo debe comenzar a partir de elementos embrionarios. Dicen que en primer lugar el vocabulario de todas las lenguas debe ser examinado, modificado, cambiado de arriba abajo, que cada palabra debe ser cuidadosamente cribada.

En las plazas donde se alzan los tablados cantan y bailan y cantan, bailemos la Carmagnole / viva el ruido / viva el ruido / bailemos la Carmagnole / viva el ruido del cañón. Alguna las interrumpe para celebrar a los que se han unido a ellas en el combate. Entonces, bajo el sol, con un pañuelo en la cabeza, se pone a leer un papel desplegado, por ejemplo, cuando el mundo cambiará y las mujeres podrán un día apoderarse del poder y dedicarse al ejercicio de las armas y de las letras en los que sin duda alguna no tardarán en despuntar, la desgracia caiga sobre nosotros. Estoy persuadido que nos harán pagar cien veces, que nos obligarán a permanecer todo el día al lado de la rueca, de la devanadera, y del torno, que nos enviarán a lavar la vajilla en la cocina. No lo habremos robado. A estas palabras todas gritan y ríen y se dan palmadas entre ellas para manifestar su contento.

Dicen, vergüenza para ti. Dicen, estás domesticada, ligada, como las ocas en el patio del granjero que las engorda. Dicen, tú presumes, no tienes otra preocupación que disfrutar de los bienes que te dispensan los dueños, deseosos de tu bienestar mientras les interesen. Dicen, no hay espectáculo más doloroso que el de las esclavas que se complacen en su estado de servidumbre. Dicen, estás muy lejos de tener el orgullo de las hembras de los pájaros salvajes que cuando se las enjaula se niegan a empollar sus huevos. Dicen, toma ejemplo de las hembras de los pájaros salvajes que, aunque se juntan con los machos para engañar su aburrimiento, se niegan a reproducirse si no están en libertad.

Dicen, sin saber lo que han hecho, han construido en muchos sitios estupas, dagbas y chortens. Dicen, han multiplicado los signos que se refieren a una concepción distinta. Dicen ¿cómo interpretar estos monumentos cuya planta es el círculo en todas sus modalidades? El cuerpo principal es una semiesfera. A distintos niveles existen caminos que le dan la vuelta. Son recorridos en la dirección del sol. De este modo se pasa por los cuatro puntos cardinales ante las del este que están a punto de nacer, ante las del sur que designan la luz y cuyos rostros la reflejan. Al oeste se pasa ante las que han triunfado e impuesto su ley, al norte se pasa ante las que recogen todos los relatos. Después que se ha pasado un incalculable número de veces ante todas éstas, se llega por el camino ascendente, al cénit, hasta las que registran lo que hacen al este al sur al oeste al norte. Su inscripción es un inmenso pentagrama que los instrumentos descifran. Es lo que se ha llamado la música de las esferas.

Dicen, si me abandono a estos grandes trabajos, acabaré ebria de sueño y de fatiga. Dicen, no, no debemos parar ni un solo instante. Dicen, comparaos al fuego sutil. Dicen, que vuestro pecho sea un horno, que vuestra sangre se caliente como un metal a punto de fundir. Dicen, que vuestro ojo sea ardiente, que vuestro aliento queme. Dicen, vuestra fuerza, la conoceréis con las armas en la mano. Dicen, probad en el combate vuestra resistencia legendaria. Dicen, vosotras que sois invencibles, sed invencibles. Dicen,

TAN-JI OENANTHÉ PÉLAGIE
LUDOVICA ELISABETH SOUA
CUNÉGONDE PAULINE WACO
BRIGITTE MOANA MÉLUSINE
CHANDRABATI CÉCILE KISI
KAIKEYI MU-GONG MÉLANIE

id, extendeos por toda la superficie de la tierra. Dicen, ¿existe un arma que os pueda vencer?

Se dirigen hacia los muchachos, los grupos se mezclan formando largas cadenas. Los toman de la mano y les hacen preguntas. Los conducen encima de las colinas. Suben con ellos las escaleras de las altas terrazas. Les hacen sentar cerca de ellas en los terraplenes. Aprenden sus cantos durante las cálidas tardes. Prueban sus frutos y aprenden su cultivo. Intentan reconocer las flores que ellas les señalan en los parterres los macizos en los prados en los campos. Juntos escogen nombres para lo que les rodea. Les hacen mirar el panorama que se extiende a sus pies. Es una pradera ilimitada cubierta de flores, belloritas en primavera, margaritas en verano, en otoño cólquicos blancos y azules. Es el océano azul verde color de leche por el que pasan barcos o vacío. Son campos sin ninguna construcción que se extienden hasta donde alcanza la vista donde crecen el trigo el centeno la cebada verde, el arroz de color naranja. Les hacen apreciar la dulzura del clima, idéntico según las estaciones, que ni el día ni la noche alteran.

Los escudos circulares las protegen. Cualquier arma es destrizada a su contacto. Las bombas de flechas y las bombas

de bolas se hunden suavemente en su materia espesa. Si tienen algún defecto al primer contacto se rompen y vuelan en pedazos como cristal. Entonces se eleva una nube de color vivo, semejante a un fuego de Bengala, escondiendo a la que lleva el escudo. Inmediatamente es reemplazado por otro, que pasa de mano en mano. Durante el día apenas se mueven. Es por la noche cuando se desplazan a lo largo de su frente de defensa, unas conducen las provisiones, otras las armas, otras ponen al corriente de las últimas novedades al conjunto del frente.

Los muchachos les hacen señas desde lejos. Todos llevan uniformes azules idénticos. Sus rostros son lisos y redondos. Cuando se acercan, algunas les acompañan en el canto que las aclama. Se oyen distintamente las palabras, bellos rostros marciales y lanzas de cinco pies / en el campo de ejercicios al despuntar el sol / a las que nombramos / no les gusta el atuendo rojo / necesitan un atuendo guerrero.

Muchachas vestidas de negro y enmascaradas entran en escena bailando y cantando. Van armadas con rebenques. Mientras avanzan hacen molinetes. Otras les siguen con fusiles que depositan en haces en el suelo de hierba. Algu-

nas llevan el torso desnudo. Se crea un gran movimiento alrededor del campo de armas. Algunas llevan lanza-cohetes. Avanzan a miles. Todas llevan un largo cuchillo en la cintura. Cantan, las armas dispuestas en abanico en las colinas / tan brillantes como las lanzas de las guerras púnicas / no están dormidas.

Alguna canta llorando, Mi corazón se ablanda / cuando veo llegar la primavera / reverdecir el verano / el aire dulce es un veneno mortal / la carne de tus labios / es en mi boca / el sol y la nieve. En un momento dado, interrumpiendo su canto, cae al suelo, se repliega sobre sí misma, se pierde en sus sollozos. En seguida se oyen otros gritos otros llantos. Descubren detrás de los árboles a un muchacho postrado tembloroso su cuerpo entero las mejillas sucias por las lágrimas, lleno de gracia y de belleza. Tomándolo en sus brazos, lo llevan al lado de la joven llorosa, aplaudiendo cuando se reconocen y se abrazan. Entonces manifiestan su alegría. Explican al muchacho que es el primero que se ha unido a ellas en su lucha. Todas lo besan. Una de ellas le entrega un fusil, diciéndole que le enseñará a manejarlo después de la fiesta que preparan en su honor.

Corren tan aprisa como pueden. Unas ronquean. Otras jadean a causa del esfuerzo. Algunas caen y ya no se levantan. Entonces hay que pararse y llevarlas a hombros entre cuatro. Luego hay que correr con ellas hasta que, descansadas, pueden volver a correr lo más aprisa posible. El refugio está todavía lejos. Alguna, más resistente, entona un canto para darles ánimos. Dice, no bajes la cabeza / como una que ha sido vencida. Dice, despierta / anímate / la lucha es larga / la lucha es difícil / pero el poder está al extremo del fusil. Entonces gritan su entusiasmo con todas sus fuerzas.

Muchachos vestidos con combinaciones blancas adheridas a sus cuerpos corren atropelladamente ante ellas. Llevan banderas rojas en los hombros y en los talones. Se desplazan con rapidez un poco elevados del suelo, con las piernas juntas. Ellas, inmobilizadas, miran cómo se acercan. Parándose a cierta distancia y saludando, dicen, para ti la victoriosa me deshago de mi epíteto favorito que ha sido como un atavío. De ahora en adelante en mi lugar que seas llamada la tres veces grande, mujer trismegista, eres rápida como el mercurio y los salteadores de los caminos, hábil en descubrir complots, dueña de la vida y de la muerte, guardiana de la salud de tus aliados. Entonces entonan el canto de los ladrones, los sublevados de largos cabellos están unidos en la vida y en la muerte / no atacan a los viajeros solitarios / no molestan a los desarmados / pero que se acerque un funcionario o un personaje oficial / tanto si es bueno como corrompido / no le dejan

más que la piel y los huesos. Ellas, acercándose a los muchachos de largos cabellos, les abrazan con todas sus fuerzas.

Dicen, ¿no es realmente magnífico? Las vasijas están de pie, los vasos de porcelana han alcanzado algunas piernas. Las vasijas sagradas están en camino. Dicen, ¿la pendiente de las colinas no obstaculizará su asalto? Dicen, ahora los vasos vacíos de semillas estrechan sus flancos. Primero se desplazan lentamente luego cada vez más de prisa. Dicen, es el sacrilegio, la violación de todas las reglas. Los vasos enterrados hasta el cuello y receptáculo de los objetos más diversos, espermatozoides humanos piezas de moneda flores tierra mensajes, dicen que se desplazan, primero lentamente luego cada vez más de prisa. A quien pregunta, ¿por qué este exceso? ¿No tendrían que despreciar la violencia? ¿Acaso no es su constitución frágil y no se romperían desde el primer asalto si es que no están ya rotos por haber entrechocado? Dicen, escuchad, escuchad, gritan evohé, evohé, saltando como potros a orillas del Eurotas. Golpeando el suelo, aceleran sus movimientos.

Movidas por un impulso común, estábamos todas en pie para volver a encontrar como a tientas el curso igual, el

URSULA OBI ANTIGONE
ANTIGONE AGNETHE
NO / SIGNOS DESGARRANDO
SURGIDOS VIOLENCIA DEL BLANCO
DEL VIVAZ DEL HERMOSO PRESENTE
DE UN GRAN ALETEO EBRIO
AGUJEREO DESTROZADO EL CUERPO
(INTOLERABLE)
ESCRITO POR DEFECTOS

SURGIDOS NO / SIGNOS CONJUNTO
EVIDENTES / DESIGNADO EL TEXTO
(POR MIRÍADAS CONSTELACIONES)
QUE FALTA

LAGUNAS LAGUNAS LAGUNAS
CONTRATEXTOS
CONTRASENTIDOS
LO QUE NO SE HA ESCRITO VIOLENCIA
FUERA DEL TEXTO
EN OTRA ESCRITURA
URGENTE AMENAZADOR
MÁRGENES ESPACIOS INTERVALOS
SIN DESCANSO
GESTO DESORDEN

unísono exaltante de la Internacional. Una vieja soldado de cabellos grises sollozaba como un niño. Alexandra Ollontai apenas podía contener sus lágrimas. El inmenso canto invadió la sala, rompió puertas y ventanas, subió hacia el cielo calmo. La guerra ha acabado, la guerra ha acabado, dice a mi lado una joven obrera. Su rostro resplandecía. Cuando todo se acabó y permanecíamos allí en una especie de silencio embarazoso, una desde el fondo de la sala gritó, camaradas, acordémonos de las que han muerto por la libertad. Y entonces entonamos la marcha fúnebre, un aire lento, melancólico y sin embargo victorioso.



MONIQUE WITTIG nació en 1935 en Dannemarie (Haut Rhin). Licenciada en la Sorbona, trabajó en la Biblioteca Nacional de París y posteriormente se ocupó de tareas editoriales, entre las que cabe destacar la traducción de Marcuse al francés. Su primera novela, *El opoponax* (1964; Seix Barral, 1969) obtuvo un notable éxito de crítica, ampliamente confirmado por la aparición de *Las guerrilleras* (*Les guérillères*, 1969).

Las guerrilleras sorprenderá sin duda a los lectores de la anterior novela de Monique Wittig. Se trata de un apólogo poemático en torno al mundo cerrado de una feminidad belicosa, que, valiéndose de una técnica fragmentada de gran rigor y concisión, adquiere a menudo acentos de saga primitiva. La acción, la época o el escenario novelesco —e incluso la personalidad de las protagonistas, reducidas al puro signo de sus nombres— se difuminan y diluyen en esta vasta masa coral que constituye, sin lugar a dudas, una de las obras más personales y singulares de la actual novelística francesa.